

Miguel León-Portilla

*Antología. De Teotihuacán a los aztecas
Fuentes e interpretaciones históricas*

Segunda reimpresión 1977

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Colegio de Ciencias y Humanidades

1977

614 p.

Ilustraciones, mapas, texto

Lecturas Universitarias, 11

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 5 de marzo de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/teotihuacan_aztecas/132.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

INTERPRETACIONES DE DISTINTOS HISTORIADORES

DE LOS SACRIFICIOS HORRIBLES DE HOMBRES QUE USARON LOS MEXICANOS Y, DEL CUIDADO QUE TENÍAN LOS MEXICANOS EN CRIAR LA JUVENTUD

Joseph de Acosta ²²

Los distintos historiadores que han emitido juicios valorativos acerca de lo que fueron los aztecas antes de la Conquista, han atendido a muy diferentes aspectos de su cultura. Así, por ejemplo, algunos investigadores se han fijado, sobre todo, en sus prácticas y creencias religiosas. Otros se han interesado en su prepotencia guerrera o en el análisis de determinadas instituciones como sus sistemas de educación, su organización social y política, sus creaciones artísticas o en la gran capacidad de este pueblo para asimilar diversas formas de herencia cultural. En este capítulo ofrecemos distintas muestras de esas valoraciones dirigidas a buscar la posible significación del periodo azteca.

Un caso particularmente interesante nos lo proporciona Joseph de Acosta, cuya obra, Historia natural y moral de las Indias fue publicada en 1590. De ella citamos dos capítulos que conllevan apreciaciones, en un caso, de dura crítica y, en el otro, de admiración y alabanza.

Del libro V de la Historia natural y moral de las Indias procede el capítulo 20 en el que, ya desde el mismo título, se hace condenación de aquello a que va a referirse: “De los sacrificios horribles de hombres que usaron los mexicanos.” Aquí, una vez más, la explicación que se hace de esta práctica se da acudiendo a la consabida idea del “demonio que tenía ciega a esta gente”.

En manifiesto contraste se halla en cambio lo que escribe Acosta en el capítulo 27 del libro VI a propósito de la educación en el mundo azteca. Apoyado en las noticias que pudo reunir, proporcionadas probablemente por el también jesuita Juan de Tovar, esboza una comprensiva imagen de esas antiguas formas de educación.

Significativo es lo que afirma en el sentido de que nada le ha parecido más digno de alabanza y memoria que el orden que en esto tenían los aztecas. Por eso, al final de este capítulo, se atreve a decir que mucho sería de desear que las autoridades

²² Joseph de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, Edición preparada por Edmundo O’Gorman, México, Fondo de Cultura Económica, 1962, pp. 249-252 y 315-316.

virreinales trataran de emular los tiempos antiguos y erigieran centros de educación de tanto provecho como los que antes habían tenido los indígenas.

De los sacrificios horribles de hombres que usaron los mexicanos

Aunque en el matar niños y sacrificar sus hijos, los del Pirú se aventajaron a los de México, porque no he leído ni entendido que usasen esto los mexicanos, pero en el número de los hombres que sacrificaban y en el modo horrible con que lo hacían, excedieron éstos a los del Pirú, y aun a cuantas naciones hay en el mundo. Y para que se vea la gran desventura, en que tenía ciega esta gente el demonio, referiré por extenso el uso inhumano que tenían en esta parte. Primeramente los hombres que se sacrificaban eran habidos en guerra, y si no era de cautivos, no hacían estos solemnes sacrificios, que parece siguieron en esto el estilo de los antiguos, que según quieren decir autores, por eso llamaban *víctima* al sacrificio, porque era de cosa vencida, como también la llamaba *hostia*, *quasi ab hoste*, porque era ofrenda hecha de sus enemigos, aunque el uso fue extendiendo el un vocablo y el otro a todo género de sacrificio. En efecto, los mexicanos no sacrificaban a sus ídolos, sino sus cautivos; y por tener cautivos para sus sacrificios, eran sus ordinarias guerras. Y así, cuando peleaban unos y otros, procuraban haber vivos a sus contrarios, y prenderlos y no matallos, por gozar de sus sacrificios, y esta razón dió Moctezuma al Marqués del Valle, cuando le preguntó cómo siendo tan poderoso y habiendo conquistado tantos reinos, no había sojuzgado la provincia de Tlascala, que tan cerca estaba. Respondió a esto Moctezuma que por dos causas no habían allanado aquella provincia, siéndoles cosa fácil de hacer, si lo quisieran. La una era por tener en qué ejercitar la juventud mexicana para que no se criase en ocio y regalo; la otra y principal, que había reservado aquella provincia para tener de donde sacar cautivos que sacrificar a sus dioses. El modo que tenían en estos sacrificios era que en aquella palizada de calaveras que se dijo arriba, juntaban los que habían de ser sacrificados, y hacíase al pie de esta palizada una ceremonia con ellos, y era que a todos los ponían en hilera, al pie de ella, con mucha gente de guardia que los cercaba. Salía luego un sacerdote vestido con una alba corta llena de flecos por la orla, y descendía de lo alto del templo con un ídolo hecho de masa de bledos y maíz, amasado con miel, que tenía los ojos de unas cuentas verdes y los dientes de granos de maíz, y venía con toda la priesa que podía por las

gradas del templo abajo, y subía por encima de una gran piedra que estaba fijada en un muy alto humilladero, en medio del patio. Llamábase la piedra *quauhxicalli*, que quiere decir la piedra del águila. Subiendo el sacerdote por una escalerilla que estaba enfrente del humilladero, y bajando por otra que estaba de la otra parte, siempre abrazado con su ídolo, subía adonde estaban los que se habían de sacrificar, y desde un lado hasta otro iba mostrando aquel ídolo a cada uno en particular, y diciéndoles: “Este es vuestro dios.” Y en acabando de mostrárselo, descendía por el otro lado de las gradas, y todos los que habían de morir se iban en procesión hasta el lugar donde habían de ser sacrificados, y allí hallaban aparejados los ministros que los habían de sacrificar. El modo ordinario del sacrificio era abrir el pecho al que sacrificaban, y sacándole el corazón medio vivo, al hombre lo echaban a rodar por las gradas del templo, las cuales se bañaban en sangre. Lo cual para que se entienda mejor, es de saber que al lugar del sacrificio salían seis sacrificadores constituidos en aquella dignidad; los cuatro para tener los pies y manos del que había de ser sacrificado, y otro para la garganta, y otro para cortar el pecho y sacar el corazón del sacrificado. Llamaban a éstos *chachalmua*, que en nuestra lengua es lo mismo que ministro de cosa sagrada; era esta una dignidad suprema, y entre ellos tenida en mucho, la cual se heredaba como cosa de mayorazgo. El ministro que tenía oficio de matar, que era el sexto de éstos, era tenido y reverenciado como supremo sacerdote o pontífice, el nombre del cual era diferente, según la diferencia de los tiempos y solemnidades en que sacrificaba; asimismo eran diferentes las vestiduras cuando salían a ejercitar su oficio en diferentes tiempos. El hombre de su dignidad era *papa* y *topilzin*; el traje y ropa era una cortina colorada a manera de dalmática, con unas flocaduras por orla; una corona de plumas ricas verdes y amarillas en la cabeza, y en las orejas unos como sarcillos de oro, engastadas en ellos unas piedras verdes, y debajo del labio, junto al medio de la barba, una pieza como cañutillo de una piedra azul. Venían estos seis sacrificadores, el rostro y las manos untados de negro muy atezado; los cinco traían unas cabelleras muy encrespadas y revueltas, con unas vendas de cuero ceñidas por medio de las cabezas, y en la frente traían unas rodelas de papel, pequeñas, pintadas de diversos colores, vestidos con unas dalmáticas blancas labradas de negro. Con este atavío se revestía en la misma figura del demonio, que verlos salir con tan mala catadura ponía grandísimo miedo a todo el pueblo. El supremo sacerdote traía en la mano un gran cuchillo de pedernal, muy agudo y ancho; otro sacerdote traía un collar de palo labrado a manera de una culebra. Puestos todos seis ante el ídolo, hacían su humillación, y poníanse en orden junto a la piedra piramidal que arriba se dijo que estaba frontero de la puerta de la cámara del

ídolo. Era tan puntiaguda esta piedra, que echado de espaldas sobre ella el que había de ser sacrificado, se doblaba de tal suerte que dejando caer el cuchillo sobre el pecho, con mucha facilidad se abría un hombre por medio. Después de puestos en orden estos sacrificadores, sacaban todos los que habían preso en las guerras, que en esta fiesta habían de ser sacrificados, y muy acompañados de gente de guardia, subíanlos en aquellas largas escaleras, todos en renglera y desnudos en carnes, al lugar donde estaban apercebidos los ministros, y en llegando, cada uno por su orden los seis sacrificadores lo tomaban uno de un pie y otro del otro, uno de una mano y otro de otra, y lo echaban de espaldas encima de aquella piedra puntiaguda, donde el quinto de estos ministros le echaba el collar a la garganta y el sumo sacerdote le abría el pecho con aquel cuchillo, con una presteza extraña, arrancándole el corazón con las manos, y así vaheando se lo mostraba al sol, a quien ofrecía aquel calor y vaho del corazón, y luego volvía al ídolo y arrojábaselo al rostro; y luego el cuerpo del sacrificado le echaban rodando por las gradas del templo con mucha facilidad, porque estaba la piedra puesta tan junto a las gradas que no había dos pies de espacio entre la piedra y el primer escalón, y así con un puntapié, echaban los cuerpos por las gradas abajo. Y de esta suerte sacrificaban todos los que había, uno por uno, y después de muertos y echados abajo los cuerpos, los alzaban los dueños, por cuyas manos habían sido presos y se los llevaban, y repartíanlos entre sí, y se los comían, celebrando con ellos solemnidad, los cuales por pocos que fuesen siempre pasaban de cuarenta y cincuenta porque había hombres muy diestros en cautivar. Lo mismo hacían todas las demás naciones comarcanas, imitando a los mexicanos en sus ritos y ceremonias, en servicio de sus dioses.

Del cuidado grande y policía que tenían los mexicanos en criar la juventud

Ninguna cosa más me ha admirado ni parecido más digna de alabanza y memoria, que el cuidado y orden que en criar sus hijos tenían los mexicanos. Porque entendiendo bien que en la crianza e institución de la niñez y juventud consiste toda la buena esperanza de una república (lo cual trata Platón largamente en sus libros de *legibus*) dieron en apartar sus hijos de regalo y libertad, que son las dos pestes de aquella edad, y en ocupallos en ejercicios provechosos y honestos. Para este efecto había en los templos, casa particular de niños, como escuela o pupilaje, distinto de los mozos y mozas del templo, de que se trató largamente en su lugar.

Había en los dichos pupilajes o escuelas, gran número de muchachos, que sus padres voluntariamente llevaban allí, los cuales tenían ayos y maestros que les enseñaban e industriaban en loables ejercicios: a ser bien criados, a tener respeto a los mayores, a servir y obedecer, dándoles documentos para ello; para que fuesen agradables a los señores, enseñábanles a cantar y danzar, industriábanlos en ejercicios de guerra, como tirar una flecha, fisga o vara tostada, a puntería, a mandar bien una rodela y jugar la espada. Hacíanles dormir mal y comer peor, porque desde niños se hiciesen al trabajo y no fuese gente regalada. Fuera del común número de estos muchachos, había en los mismos recogimientos otros hijos de señores y gente noble, y éstos tenían más particular tratamiento: traíanles de sus casas la comida; estaban encomendados a viejos y ancianos que mirasen por ellos, de quien continuamente eran avisados y amonestados a ser virtuosos y vivir castamente, a ser templados en el comer, y a ayunar, a moderar el paso, y andar con reposo y mesura. Usaban probarlos en algunos trabajos y ejercicios pesados. Cuando estaban ya criados, consideraban mucho la inclinación que en ellos había: al que veían inclinado a la guerra, en teniendo edad le procuraban ocasión en que proballe: a los tales, so color de que llevasen comida y bastimentos a los soldados, los enviaban a la guerra, para que allá viesen lo que pasaba y el trabajo que se padecía, y para que así perdiesen el miedo; muchas veces les echaban unas cargas muy pesadas, para que mostrando ánimo en aquello, con más facilidad fuesen admitidos a la compañía de los soldados. Así acontecía ir con carga al campo, y volver capitán con insignia de honra; otros se querían señalar tanto, que quedaban presos o muertos, y por peor tenían quedar presos, y así se hacían pedazos por no ir cautivos en poder de sus enemigos. Así que los que a esto se aplicaban, que de ordinario eran los hijos de gente noble y valerosa, conseguían su deseo. Otros que se inclinaban a cosas del templo y por decirlo a nuestro modo a ser eclesiásticos, en siendo de edad los sacaban de la escuela, y los ponían en los aposentos del templo, que estaban para religiosos, poniéndoles también sus insignias de eclesiásticos, y allí tenían sus perlados y maestros que les enseñaban todo lo tocante a aquel ministerio, y en el ministerio que se dedicaban, en él habían de permanecer. Gran orden y concierto era este de los mexicanos, en criar sus hijos, y si agora se tuviese el mismo orden en hacer casas y seminarios donde se criasen estos muchachos, sin duda florecería mucho la cristiandad de los indios. Algunas personas celosas lo han comenzado, y el Rey y su Consejo han mostrado favorecerlo; pero como no es negocio de interés, va muy poco a poco y hácese fríamente. Dios nos encamine para que siquiera nos sea confusión lo que en su perdición hacían los hijos de tinieblas, y los hijos de luz no se queden tanto atrás en el bien.

2) SOBRE LAS ARTES DE LOS MEXICANOS

Francisco Xavier Clavijero ²³

Además de su Historia Antigua de México, entre otras cosas escribió Clavijero una serie de Disertaciones en las que precisamente se ocupó en destacar algo de lo que fue la cultura en el mundo indígena prehispánico. Uno de los motivos principales que tuvo al preparar sus Disertaciones fue refutar los infundios que habían expresado sobre los pueblos nativos de América varios escritores europeos. De modo muy especial se propuso mostrar los errores en que habían incurrido historiadores y filósofos como el inglés Robertson y el prusiano Paw.

En la Disertación V trata Clavijero de diversas formas de conocimiento y artes que fueron posesión de los antiguos mexicanos. Aquí transcribimos las páginas que dedica a lo que fue la arquitectura de los aztecas. En lo que Clavijero expone sobre esta materia hay implícitamente un juicio sobre la significación cultural del mundo azteca. De hecho, al comparar las creaciones de los antiguos mexicanos con las de pueblos del Viejo Mundo, Clavijero insiste en ponderar el refinamiento de los indígenas y sus logros dignos de admiración.

Después de haber hecho Paw una ignominiosa descripción del reino del Perú y de la barbarie de sus habitantes, habla del de México, de cuyo estado, dice,²⁴ se han contado tantas falsedades y maravillas como del Perú; pero lo cierto es, añade, que estas dos naciones eran casi iguales, ya se coteje su policía, ya se consideren sus artes e instrumentos. La agricultura estaba entre ellos abandonada, y la arquitectura era también mezquina; sus pinturas eran groseras y sus artes muy imperfectas; sus fortificaciones, palacios y templos son meras ficciones de los españoles. “Si los mexicanos, dice, hubieran tenido fortificaciones, se hubieran puesto a cubierto de los mosquetes, y aquellos seis mezquinos cañones de hierro que llevó consigo Cortés, no hubieran arruinado en un momento tantos baluartes y trincheras... Las paredes de

²³ Francisco Xavier Clavijero, *Historia Antigua de México*, 4 vols., México, Editorial Porrúa, 1945, vol. IV, pp. 305-316.

²⁴ Paw. C., *Recherch, philosoph.*, part 5, sect. 1.

sus edificios no eran otra cosa que piedras grandes puestas unas sobre otras. El ponderado palacio en donde vivían los reyes de México, era choza; por lo que Hernán Cortés, no encontrando habitación proporcionada en toda la capital de aquel Estado, que había conquistado recientemente, se vio precisado a fabricar de prisa un palacio, el cual subsiste hasta ahora." No es fácil numerar los despropósitos de Paw en esta materia; omitiendo pues, los que pertenecen al Perú, examinaremos cuanto escribe contra las artes de los mexicanos.

De su agricultura hemos hablado en otros lugares, cuando hicimos ver que los mexicanos no solamente cultivaban con suma diligencia todas las tierras de su imperio, sino que también se criaron con maravillosa industria nuevos terrenos para cultivar, formando en la agua aquellas huertas y campos flotantes que con tantos elogios han celebrado los españoles y los extranjeros, y que hasta ahora son admirados por cuantos navegan por aquellas lagunas. Hemos también demostrado, sobre la deposición de muchos testigos oculares, que no sólo las plantas útiles al sustento, al vestido y a la salud, sino también las flores y otros vegetales que sirven únicamente a las delicias de la vida, eran cultivadas por ellos con suma diligencia. Hernán Cortés en sus cartas a Carlos V, y Bernal Díaz en su *Historia*, hablan con admiración de las huertas de Iztapalapan y de Huaxtepec que vieron, y hace mención en su *Historia natural* el doctor Hernández, el cual vio aquellas huertas cuarenta años después. El mismo Cortés en una carta a Carlos V, de 30 de octubre de 1520, dice así: *Es tan grande la multitud de habitantes en estos países, que no hay ni un palmo de terreno que no esté cultivado*. Es necesario ser muy caprichudo para no dar crédito al testimonio unánime de los autores españoles.

Hemos igualmente expuesto, sobre la fe de éstos, la gran diligencia de los mexicanos en criar toda suerte de animales, en cuyo género de magnificencia excedió Moteuczoma, como hemos dicho en otra parte, a todos los reyes del mundo. Los mexicanos, por otra parte, no podían criar una tan estupenda variedad de cuadrúpedos, reptiles y aves, sin tener un gran conocimiento de su naturaleza, instinto, modo de vivir, etc.

Su arquitectura no era comparable con la de los europeos; pero era ciertamente muy superior a la de la mayor parte de los pueblos asiáticos y africanos. ¿Quién se atreverá a igualar a las casas, palacios, templos, baluartes, acueductos y calzadas de los antiguos mexicanos, no las miserables chozas de los tártaros, siberianos, árabes y de aquellas tristes naciones que viven entre el Cabo Verde y el Buena Esperanza; pero ni aun las fábricas de la Etiopía, de una gran parte de la India y de las islas de la Asia y de la Africa, entre las del Japón? Basta confrontar lo que han escrito de unas y otras los autores que las vieron, para

desmentir a Paw, el cual ha tenido el atrevimiento de publicar que todas las naciones americanas eran inferiores en industria y sagacidad a los más groseros pueblos del antiguo continente.

Dice él que el ponderado palacio de Moteuczoma no era más que una choza; pero Cortés, Bernal Díaz y el Conquistador anónimo, los cuales tantas veces lo vieron, afirman todo lo contrario. “Tenía, dice Cortés, hablando del rey Moteuczoma, en esta ciudad (de México) casas para su habitación, tales y tan maravillosas, que no creería poder jamás explicar la excelencia y grandeza, por lo que no diré más sino que no las hay iguales en España.” Así escribe este conquistador a su rey sin temor de ser desmentido por sus capitanes y soldados, los cuales tenían a la vista los palacios mexicanos. El Conquistador anónimo en su curiosa y sincera relación, hablando de los edificios de México, dice así: “Había hermosas casas de señores tan grandes y con tantas habitaciones y jardines, altos y bajos, que nos dejaban atónitos por la admiración. Entré por curiosidad cuatro veces en un palacio de Motezuma, y habiendo andado por él hasta cansarme, jamás lo vi todo. Acostumbraban tener alrededor de un gran patio cámaras y salas grandísimas; pero sobre todo, había una tan grande, que dentro de ella podían estar sin incomodidad más de tres mil personas; era tal, que en el corredor que estaba encima se formaba una plazuela en la cual treinta hombres a caballo hubieran podido jugar a las cañas.” Semejantes expresiones se leen en la *Historia* de Bernal Díaz. Consta por la deposición de todos los historiadores de México, que el ejército de Cortés, compuesto de seis mil y más de cuatrocientos entre españoles, tlaxcaltecas y cempoaltecas se alojó todo en el palacio que había sido del rey Axayácatl y sobró también para la habitación del rey Moteuczoma y de sus familiares, a más de los almacenes en que se guardaba el tesoro del rey Axayácatl. Consta por la deposición de los mismos historiadores la magnificencia y bellísima disposición del palacio, de las aves, y Cortés añade que en los departamentos que había podían alojarse cómodamente dos grandes príncipes con toda su corte, y describe menudamente sus pórticos, galerías, y jardines. El mismo Cortés dice a Carlos V, que en el palacio del rey Nezahualpilli en Tezcoco, se alojó con seiscientos españoles y cuarenta caballos, y que era tan grande, que podían estar cómodamente otros seiscientos. De un modo semejante habla del palacio del señor de Iztapalapan y de otras ciudades, alabando la estructura, belleza y magnificencia. Tales eran las chozas del rey y de los señores mexicanos.

Decir, como hace Paw, que Cortés mandó construir precipitadamente aquel palacio porque no encontraba habitación proporcionada en toda la capital, es un error, o por decirlo mejor y hablar con más propiedad, es una gran mentira. Es verdad que Cortés durante el asedio de México quemó y arruinó la mayor parte

de aquella gran ciudad, como él mismo testifica, y con este designio pidió y consiguió de sus aliados algunos millares de operarios, que no tenían otro empleo que el de ir arruinando los edificios, según los españoles iban avanzando, para que no quedase a sus espaldas ninguna casa desde la cual pudieran dañarlos los mexicanos. No sería pues de admirar que Cortés no hubiese encontrado una habitación proporcionada en una ciudad que él mismo había destruido; pero no fue la ruina tan general que no quedase un número de buenas casas en el cuartel de Tlatelolco, en las cuales hubieran podido cómodamente alojarse todos los españoles con un buen número de aliados. *Después de que quiso nuestro Señor*, dice Cortés en su última carta a Carlos V, que esta gran ciudad de Temistitan fuera conquistada, no me pareció bien residir en ella por muchos inconvenientes, y así me fui con toda mi gente a residir en Coyoacán". Si fuera cierto lo que dice Paw, bastaba decir que no quedó en México porque no había casas en donde estar. El palacio de Cortés se fabricó en el mismo sitio en donde estaba antes el de Moteuczomo. Si Cortés no hubiera arruinado este palacio, hubiera podido habitar cómodamente en él, como habitaba aquel monarca con toda su corte. Es, pues, falso que subsista al presente el palacio fabricado por Cortés, pues éste se quemó el año de 1692 en una sedición popular. Pero sobre todo, es falsísimo que las paredes de los edificios mexicanos no fuesen más que piedras grandes puestas unas sobre las otras sin unión alguna, como se convence por el testimonio de todos los historiadores, y por los fragmentos de los edificios antiguos de que hablaremos en su lugar. Y así no hay en todo el lugar ya citado de Paw, ni una proposición que no sea un error.

No contento Paw con aniquilar las casas de los mexicanos, se pone también a combatir sus templos, e indignado contra Solís porque afirma que los de México no bajaban de dos mil, entre grandes y chicos, dice así: "No ha habido jamás un número tan grande de edificios públicos en ninguna ciudad desde Roma hasta Pekín; por lo que Gómara, menos temerario o más sabio que Solís, dice que contando siete capillas pequeñas, no se encontraron mas que ocho lugares destinados a guardar los ídolos de México."²⁵ Para que se vea cuánta es la infidelidad de Paw en citar los autores, quiero copiar aquí el lugar de Gómara, citado por él. "Había, dice aquel autor en el Cap. 80 de su Crónica de la Nueva España, *muchos templos en la ciudad de México* esparcidos por las parroquias o barrios con sus torres, en las cuales estaban las capillas y los altares para guardar los ídolos. . . Casi todos tenían una misma figura, y así lo que diremos del templo principal, bastará para dar a conocer todos los demás"; y después de haber hecho una menuda descripción de aquel gran templo,

²⁵ *Recherch. philosoph*, part. 5, sect. 1.

en la cual pondera su elevación, amplitud y belleza, añade: “A más de estas torres que se formaban con sus capillas sobre la pirámide, había otras cuarenta y más entre pequeñas y grandes en otros *teocalli* menores,²⁶ que ha dentro del recinto de aquel templo principal, todos los cuales eran de la misma figura de aquel. . . Otros *teocalli* o *cues* había en otros lugares de la ciudad. . . Todos estos templos tenían sus casas propias, sus sacerdotes y sus dioses, con todo lo necesario a su culto y servicio.” Y así, aquel mismo Gómara, que al decir de Paw no numera en México más que ocho lugares destinados a guardar los ídolos, incluyendo en dicho número siete capillas pequeñas, numera claramente más de cuarenta templos dentro del recinto del principal, a más de otros muchos esparcidos por las parroquias o barrios. ¿Quién podrá fiarse jamás de Paw después de una falsificación tan manifiesta?

Es verdad que Solís se mostró poco advertido en poner como cierto aquel número de templos que los primeros historiadores expresaron solamente por conjeturas; pero Paw se da también a conocer poco avisado en comprender entre los edificios públicos aun aquellas capillas pequeñas que los españoles llamaron templos. De éstos había innumerables: todos los que vieron aquel país antes de la conquista, testifican concordes, que tanto en los lugares habitados como en los caminos y en los montes, se veían por todas partes semejantes edificios, los cuales aunque pequeños y enteramente diversos de nuestras iglesias, fueron llamados templos porque estaban consagrados a los ídolos. Así por las cartas de Cortés como por la *Historia* de Bernal Díaz, sabemos que apenas daban un paso los conquistadores sin encontrarse con algún templo o capilla. Cortés dice haber contado más de cuatrocientos templos en solo ciudad Cholollan. Pero había una gran diferencia en cuanto a tamaño entre unos y otros templos. Algunos no eran más que pequeños terraplenes poco altos sobre los cuales había una capilla para el ídolo tutelar. Otros eran de una grandeza y amplitud estupenda. Cortés cuando habla del templo mayor de México, protesta a Carlos V, que no es fácil describir sus partes, su grandeza y las cosas que allí se contenían; que era tan grande, que dentro del recinto de aquella fuerte muralla que lo circundaba podía haber un pueblo de quinientas casas. No hablan de otro modo de este y otros templos de México, Tetzaco, Cholollan y otras ciudades, Bernal Díaz, el Conquistador anónimo,

²⁶ *Teocalli*, esto es, casa de Dios, era el nombre que daban los mexicanos a sus templos. Entre los españoles, algunos los llamaron templos, otros *adoratorios*, otros *mezquitas*, como que estaban acostumbrados al lenguaje de los sarracenos, y otros *cues*, palabra tomada de la lengua haitiana. A más de estos nombres daban también a los templos pequeños los de *sacrificadores* y *humilladores*, esto es, lugares de sacrificios y de adoración.

Sahagún y Tovar, que los vieron, y los historiadores mexicanos y españoles que escribieron después y se informaron bien, como son Acosta, Gómara, Herrera, Torquemada, Sigüenza, Betancourt, etc., etc. Hernández describe una a una las setenta y ocho partes de que se componía el templo mayor. Cortés añade que entre las altas torres de los templos que hermo세aban a aquella capital, había cuarenta tan elevadas, que la menor de ellas no era inferior en altitud a la famosa Giralda²⁷ de Sevilla. Don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl hace mención en sus Manuscritos de aquella torre de nueve planos que su célebre tatarabuelo Nezahualcoyotl edificó al Criador del cielo, al cual parece haber sido aquel famoso templo de *Tezcutzinco* que con tantos elogios pondera el padre Valadés en su *Relación Cristiana*.

Toda esta nube de testigos depone contra Paw. Con todo esto, él no quiere creer aquella gran multitud de templos en México, porque *Motezuma I fue*, dice, *el que dio a aquel pueblo la forma de ciudad: del reino de este monarca hasta el arribo de los españoles, no habían corrido más que cuarenta y dos años, el cual espacio de tiempo no bastaba ciertamente para fabricar dos mil templos*. He aquí tres aserciones que son otros tantos errores: 1º Es falso que Moteuczoma I diese a México la forma de ciudad, pues sabemos por la historia que aquella corte la tenía desde el tiempo del primer rey Acamapitzin; 2º Es falso también que desde el reinado de Moteuczoma I hasta el arribo de los españoles no corrieron más que cuarenta y dos años. Moteuczoma I comenzó a reinar, según hemos hecho ver en la segunda disertación, el año de 1436 y murió el de 1564, y los españoles no llegaron a México antes del de 1519; luego desde el principio de aquel reinado hasta el arribo de los españoles, corrieron ochenta y tres años, y de la muerte de aquel rey cincuenta y cinco; 3º Paw se muestra enteramente ignorante de la estructura de los templos mexicanos, no sabe cuán grande fuese la multitud de operarios que corría en la fábrica de los edificios públicos, y cuánta la prontitud de ellos en fabricarlos. Se han visto algunas veces en la Nueva España fabricar en una sola noche un pueblo entero (aunque compuesto de chozas de madera cubiertas de paja) y conducir a él los nuevos colonos sus familias, animales y todas sus propiedades.²⁸

Por lo que mira, pues, a las fortificaciones, es cierto e indubitable por la deposición de Cortés y de todos los que vieron las antiguas ciudades de aquel imperio,²⁹ que los mexicanos y todas

²⁷ Campanil altísimo y famoso de la catedral de Sevilla.

²⁸ Véase lo que cuenta Torquemada en el lib. 3, cap. 33 de la *Monarquía indiana*.

²⁹ De las antiguas fortificaciones, hacen frecuentísimamente mención Cortés en sus cartas a Carlos V, Pedro Alvarado y Diego Godoy en sus

las otras naciones que vivían en sociedad usaban murallas, baluartes, estacadas, fosos y trincheras. Pero aun cuando ninguno de estos testigos oculares hiciese fe, bastarían las fortificaciones antiguas que aun en el día existe en *Cuauhthocho* o Huatusco y junto a *Molcayac*, de que hemos hablado en otra parte, para demostrar el error de Paw. Es verdad que tales fortificaciones no eran comparables con las de la Europa, porque ni su arquitectura militar se había perfeccionado tanto, ni ellos necesitaban ponerse a cubierto de la artillería, de la cual no tenían noticia alguna; pero dieron a conocer bastantemente su industria en inventar tantas suertes de reparos para defenderse de sus enemigos ordinarios. Cualquiera, por otra parte, que lea la unánime deposición de los conquistadores, no dudará de sus grandes fatigas en expugnar los fosos y las trincheras de los mexicanos en el asedio de la capital, sin embargo de que tuvieron un tan excesivo número de tropas aliadas y las ventajas de las armas de fuego y los bergantines. La terrible derrota que padecieron los españoles cuando se quisieron retirar de México, no permitirá jamás que se dude de las fortificaciones de aquella capital. Ella no estaba circundada de murallas, porque su situación la hacía bastantemente segura a beneficio de los fosos que había en las tres calzadas por donde podían asaltarla los enemigos; pero otras ciudades que no estaban en una situación tan ventajosa, tenían murallas y otros reparos para su defensa. El mismo Cortés hace una exacta descripción de las murallas de Quauhquechollan.

Mas, ¿para qué perder el tiempo en acumular testimonios y otras pruebas de la arquitectura de los mexicanos, cuando éstos nos han dejado en las tres famosas calzadas que construyeron en la misma laguna y en el antiguo acueducto de Chapoltepec, un monumento inmortal de su industria?

Aquellos mismos autores que deponen de la arquitectura de los mexicanos, testifican también la excelencia de los plateros, tejedores, grabadores de piedras y trabajadores de obras de pluma. Muchos fueron los europeos que vieron semejantes obras y se admiraron de la habilidad de los artífices americanos. Sus obras vaciadas fueron admiradas por los plateros de Europa, según afirman algunos autores europeos que entonces vivían, y entre ellos el historiador Gómara, el cual tuvo algunas obras en sus manos y oyó el parecer de los plateros sevillanos, que no se creían capaces de imitarlos.³⁰ ¿Y en dónde se encontrará jamás quien sea capaz de hacer las obras maravillosas que hemos dicho en el libro VIII, párrafo 51 de nuestra *Historia*, y testificadas

cartas a Hernán Cortés, Bernal Díaz en su *Historia*, el Conquistador anónimo en su relación. Alfonso de Ojeda en sus *Memorias* y Sahagún en su *Historia*, todos testigos oculares.

³⁰ *Crónica de la Nueva España*, cap. 39 y 79.

uniformemente por muchísimos escritores, como aquella, por ejemplo, de haber vaciado un pescado que tenía las escamas alternativamente una de oro y otra de plata? Cortés dice en su segunda carta a Carlos V, que las imágenes de oro y pluma se trabajaban tan bien por los mexicanos, que ningún artifice de Europa podría hacerlas mejores; que en cuanto a las joyas, no se podría comprender con qué instrumentos se hicieron obras tan perfectas, y que las de plumas eran tales, que ni en seda se podrían imitar. En su tercera carta al mismo Carlos V, cuando habla del botín de México, le dice que entre los despojos de los mexicanos encontró ciertas rodelas de oro y plumas y otras labores de la misma materia tan maravillosas, que no siéndole posible dar una justa idea por escrito, las manda a su majestad para que con sus propios ojos pueda asegurarse de su excelencia y perfección. Estoy cierto que Cortés no hubiera hablado así a su rey de aquellas labores que le mandaba para que las viese por sus ojos, si no hubiesen sido tales cuales él las representaba. Casi en los mismos términos que Cortés, hablan todos los autores que vieron semejantes obras, como Bernal Díaz, el Conquistador anónimo, Gómara, Hernández, Acosta y otros de los cuales hemos tomado lo que sobre esta materia hemos escrito en la *Historia*.

El doctor Robertson,⁸¹ aunque reconoce la unánime deposición de los antiguos historiadores españoles y cree que éstos no tuvieron intención de engañarnos, pero afirma que todos fueron movidos a exagerar por la ilusión de su entendimiento, originada del calor de su imaginación. He aquí una bella solución de la cual podría cada uno valerse para no dar crédito a ninguna historia humana. ¿Todos pues nos engañamos, sin excepción ni aún el clarísimo Acosta, ni el docto Hernández, ni los plateros de Sevilla, ni el rey Felipe II, ni el sumo pontífice Sixto V, admiradores todos y panegiristas de aquellas obras mexicanas? ⁸² ¿Todos tuvieron la imaginación exaltada, aun aquellos que escribieron algunos años después del descubrimiento del reino de México? Sí, todos, solamente el escocés Robertson y el prusiano Paw han tenido en la fantasía, después de dos siglos y medio, aquel temperamento que se requiere para formar una idea justa de las cosas, acaso porque el frío de sus países habrá enfriado el calor de su imaginación.

⁸¹ *Historia de la América*, lib. 7.

⁸² Véase a leer lo que hemos escrito en el lib. VII, párrafo 51 de nuestra *Historia*.

3) LOS AZTECAS EN TIEMPOS DE MOTECUHZOMA XOCOYOTZIN

Mariano Veytia ³³

En el apéndice al libro III de su Historia antigua de México, se ocupa Mariano Veytia de los acontecimientos que tuvieron lugar durante el último siglo que antecedió a la conquista. Precisamente, al tratar de la elección del segundo Motecuhzoma, describe, junto con algunas de las primeras actuaciones del nuevo y supremo tlatoani, la magnificencia que había alcanzado la metrópoli de México-Tenochtitlan. A lo largo de su relato Veytia formula algunos juicios de valor, dignos de ser tomados en cuenta en un estudio sobre la significación que puede atribuirse al periodo azteca en el contexto de la evolución cultural del México antiguo.

Acabada la audiencia seguía un rato de música, y Moteuhzoma se deleitaba mucho en que le cantasen las acciones gloriosas de sus antepasados. Otras veces se divertía con varios juegos, entre los cuales gustaba mucho de los de pies y manos, pero principalmente del llamado por los españoles *las fuerzas de Hércules*, que describe Clavijero de esta suerte: “Poníase un hombre a bailar; otro, en pie sobre sus hombros, lo acompañaba con algunos movimientos, y otro tercero, sobre la cabeza del segundo, bailaba también y daba muestras de su agilidad. Alzaban también una viga sobre los hombros de los bailarines, y otro se ponía en pie y bailaba sobre su extremidad.” Los primeros españoles que vieron estos y otros juegos de los mexicanos se maravillaron tanto de su agilidad, que sospecharon, por confesión de ellos mismos, que intervenía en ellos el demonio, sin hacerse cargo de lo que puede el ingenio humano, ayudado de la constancia y la aplicación.

Cuando Moteuhzuma salía de su palacio lo llevaban en hombros los nobles en una litera descubierta, bajo un rico dosel, y lo acompañaba un numeroso séquito de cortesanos. Todos se detenían y cerraban los ojos por donde pasaba, como si temiesen que los deslumbrase el esplendor de la majestad. Cuando des-

³³ Mariano Veytia, *Historia antigua de México*, 2ª edición, 2 vols., México, Editorial Leyenda, 1944, t. II, pp. 260-263.

cedía de la litera para andar extendían tapetes, para que sus pies no tocasen la tierra.

Correspondía a tanta majestad la grandeza y magnificencia de sus palacios, casas de recreo, jardines y bosques. El palacio en que residía comúnmente era un vasto edificio de cal y canto, que tenía veinte puertas que daban a la plaza y calles, y tres grandes patios, en uno de los cuales había una hermosa fuente, muchos salones, y más de cien piezas pequeñas. Algunas de éstas tenían las paredes cubiertas de mármol y otras piedras raras. Los techos eran de cedro, de ciprés y otras buenas maderas, bien trabajadas y entalladas. Había una sala tan grande, que según el conquistador anónimo, testigo de vista y exacto en sus narraciones, cabían en ellas tres mil hombres. El mismo añade que habiendo estado cuatro veces en el palacio, y andando por él hasta cansarse, no pudo verlo todo. Además del serrallo para sus mujeres había en él habitaciones para sus consejeros y ministros, y para todos los empleados de su servidumbre y de la corte, y aun para alojar a los extranjeros de calidad, particularmente a los dos reyes aliados. Además de este palacio tenía otros dentro y fuera de la ciudad.

Tenía en México dos casas destinadas para conservar muchas especies de animales. Una para las aves que no eran de rapiña, y otra para las que lo eran y para los cuadrúpedos y reptiles. En la primera había muchas cámaras y corredores, que descansaban en columnas de mármol de una pieza. Estos corredores daban vista a un jardín, donde entre la frondosidad de una arboleda había diez estanques, unos de agua dulce para las aves acuáticas de río, y otros de agua salada para las de mar. En lo restante de la casa estaban las demás aves, creyeron que no faltaba ninguna de las especies que hay en la tierra. A cada una se ministraba el mismo alimento de que usaba en estado de libertad, ya fuese de granos, de frutas o de insectos. Sólo para las que vivían de peces se consumían diez canastas de ellos diariamente, y eran éstas tantas y tan diversas, que los españoles cuando las vieron como dice Cortés en sus cartas a Carlos V, y según él mismo, se empleaban trescientos hombres en cuidar de estas aves, sin contar con los médicos que observaban sus enfermedades, y les aplicaban los remedios oportunos. De esta gente una se empleaba en buscar lo que debía servirles de alimento, otra en cuidar de los huevos, y otra en desplumarlas en la estación conveniente, pues a más del placer que tenía el rey en ver allí reunidas tantas especies de pájaros, las plumas servían para los famosos mosaicos que con ellas hacían, y en otros diversos trabajos y adornos. Las salas y cuartos de estas casas eran tan grandes, que como dice el mismo conquistador, hubieran podido alojarse en ellas dos príncipes con sus comitivas. La casa de las aves ocupaba el mismo lugar en que hoy se haya el convento de San Francisco.

La otra casa destinada a las fieras tenía un grande y hermoso patio, y estaba dividida en varios departamentos. En uno de ellos estaban todas las aves de rapiña, desde el águila hasta el gavilán, y de cada especie había muchos individuos. Estaban divididos según sus clases en estancias subterráneas de más de siete pies de profundidad, y más de diez y siete de ancho y largo. La mitad de cada pieza estaba cubierta con petates, y tenía varias estacas clavadas en la pared, para que pudieran dormir y defenderse de la lluvia. La otra mitad estaba cubierta de una celosía, con otras estacas para que pudiesen gozar del sol. Para mantenerlas se mataban diariamente quinientos guajolotes.

Había en la misma casa muchas salas bajas con un gran número de jaulas fuertes de madera, donde estaban encerrados los leones, tigres, lobos, coyotes, gatos monteses y otras especies de fieras, las cuales se mantenían de ciervos, conejos, liebres, techichis y otros animales, y asimismo de los intestinos de los hombres que se sacrificaban en los templos. El techichi, que también se llama alco, era un cuadrúpedo que por tener la figura de perro fue llamado así por los españoles. Era de un aspecto triste y enteramente mudo, de donde tomó origen la fábula de que los perros dejaban de ladrar cuando eran transportados a América. Los mexicanos y también los españoles comían su carne, y según éstos era gustosa y nutritiva. No habiendo aquí rebaños recién hecha la conquista, se hacían las provisiones de los buques con la carne de techichi, y así es que se extinguió enteramente la raza, sin embargo de que era muy numerosa.

No sólo mantenía Moteuhzuma todas las especies de animales que reúnen los príncipes por ostentación, sino aquellas que por su naturaleza parecen estar exentas de la esclavitud, como los cocodrilos y las culebras. Muchas especies de éstas se conservaban en grandes vasijas, y los cocodrilos en estanques circundados de paredes. Había también muchos estanques para los peces, de los cuales subsisten dos todavía en Chapultepec.

No contento con tener en sus palacios todos los animales de que se ha hablado, había reunido allí también a todos los hombres que, ya por el color de la piel, ya por el del cabello, o por cualquiera otra deformidad eran singulares en su especie. Vanidad, dice Clavijero, ciertamente provechosa, pues de esta manera aseguraba la subsistencia a todos aquellos miserables, y los ponía a cubierto de los crueles insultos de los demás hombres.

En todos sus palacios había hermosos jardines con las más exquisitas flores, yerbas aromáticas y plantas medicinales. Tenía también bosques cercados y provistos de caza abundante, donde solía divertirse. Uno de ellos estaba situado en una isleta de la laguna, conocida hoy con el nombre de el Peñón.

Así los palacios como los demás sitios de recreo se mantenían sumamente aseados, incluso aun aquellos a donde nunca iba el



rey, pues no había cosa de que hiciese más vanidad que del aseo de su persona y demás cosas que le pertenecían. Mudaba todos los días cuatro vestidos, y no volvía a usar los que se quitaba, sino que se destinaban para los nobles y soldados que se distinguían en la guerra. Se bañaba todos los días, y por esto había tantos baños en sus palacios. Empleaba diariamente más de mil hombres en barrer y regar las calles de la ciudad.

En una de las casas reales había una grande armería, donde se hallaba toda especie de armas ofensivas y defensivas, insignias y adornos militares en cuya construcción empleaba un número increíble de artesanos, así como para otros trabajos tenía muchos plateros, trabajadores en mosaico, escultores y pintores. Había una comarca entera habitada por bailarines destinados a su diversión.

De todos estos palacios, jardines y bosques no ha quedado otra cosa que el bosque de Chapultepec, que conservaron los virreyes para su recreo. Todo lo demás fue destruido por los conquistadores, quienes arruinaron los edificios más suntuosos de la antigüedad mexicana, ya por un celo indiscreto de religión, ya por venganza, y ya para aprovecharse de los materiales. Abandonaron el cultivo de los jardines reales, talaron los bosques y redujeron al país de Anáhuac a tal estado, que no podría hoy creerse la opulencia de sus reyes, si no constase por el testimonio de los mismos que lo conquistaron.

4) SIGNIFICACIÓN CULTURAL DE LOS PUEBLOS DE IDIOMA NÁHUATL

Alfredo Chavero ³⁴

La Historia Antigua y de la Conquista que publicó Alfredo Chavero en 1887 constituye el tomo I de la célebre obra México a través de los siglos. Ya en la Introducción General al presente libro nos hemos referido a los diversos trabajos de este investigador. Aquí transcribimos breves párrafos de su Historia en los que, de modo sumario, formula una apreciación acerca del origen y los logros de la cultura náhuatl. Aunque sin referirse exclusivamente al último de los pueblos nahuas, los aztecas, sus palabras en buena parte son aplicables a ellos.

El abate Brasseur, escritor muy instruido pero que quiso alcanzar fama de innovador, inventó por propia autoridad que los nahoas eran originarios de la región meridional de nuestro país; trastornó los itinerarios y confundió las civilizaciones. Los amigos de novedades lo siguieron: se había repetido la verdad histórica durante tres siglos y era ya vieja y cansada, mientras que la ficción moderna tenía todo el atractivo de lo inesperado. Además, el abate sostenía que el origen del género humano estuvo en la parte Sur de nuestro territorio; de ahí habían partido los hombres a poblar toda la tierra, y esto por lo menos halagaba nuestro amor propio. Como por entonces comenzó el interés por nuestras antigüedades y las obras del abate estaban escritas en francés, idioma mucho más conocido en Europa que el español, su nuevo sistema hizo fortuna; y vimos con sorpresa que lo seguían, no solamente los escritores de Francia, sino algunos sabios de Alemania y aun de los Estados Unidos. El señor Orozco, como elocuente protesta contra ese error, escribió su *Historia* siguiendo las buenas tradiciones.

Demuestran lo absurdo del sistema los caracteres especiales de la civilización del Sur, de que ya vamos a ocuparnos, que son contrarios y por lo mismo no pueden confundirse con los de la civilización septentrional. Pero basta la tradición constante y no

³⁴ Alfredo Chavero, *Historia antigua y de la Conquista* (vol. 1 de *México a través de los siglos*), México y Barcelona (1887), p. 158.

contradicha por siglos, de que los nahoas vinieron del Norte; los cronistas que recibieron sus relatos de boca de los mismos indios, así lo aseguran; los itinerarios de sus peregrinaciones son conocidos y existen todavía en ese rumbo los mismos lugares a que se refieren; el hombre en sus dos manifestaciones de tipo y de lengua lo confirma claramente, y mientras el mexicana o *náhuatl* es idioma extraño al maya, es pariente inmediato de todos los del Chicomoztoc; todavía al norte de éste encontramos lugares con nombre nahoa como la laguna de Copala, y en fin, todas las costumbres, todas las ideas del pueblo en que nos hemos ocupado, se nos presentan como principio y germen de las dos grandes civilizaciones históricas, la tolteca y la mexicana...

Cuando en conjunto se contempla la civilización nahoa se observa cómo el esfuerzo de una raza primitiva pudo alcanzar el mayor grado de progreso compatible con el medio social en que vivía. En sus manifestaciones externas forma una lengua perfecta en su carácter y comienza una escritura propia, inventa una aritmética original y de sencillas y sorprendentes combinaciones; mientras que por la necesidad que siente el hombre de adorar algo superior crea una religión poética yendo a buscar sus dioses entre los astros del firmamento, en ese sublime templo de luz y de misterios, y en su contemplación funda su culto.

Pueblo agrícola por instinto, va luchando sin auxilio extraño y ganando siglo a siglo en su aislamiento, la casa en común, la casa grande y al fin la ciudad. Su vida es el comunismo y el trabajo, y de ahí nacen la fraternidad y la virtud. Alcanza la comodidad y un lujo relativo, y para defender los campos regados con su sudor se vuelve guerrero, y el desarrollo natural del culto en los grandes centros da origen al sacerdocio. Nacen las castas por la ley inflexible de la historia, y por ella si disminuyen las libertades aumenta el poder. Se revelan las artes y en ellas un exquisito gusto estético; brota la ciencia y nos sorprende su calendario. Y toda esta serie de progresos en un pueblo, comprende bien que pertenece a la edad de la piedra sin pulir, pues casi no usaron de la pulida en sus construcciones y acaso hasta en los últimos tiempos, y sólo en una parte de la región la emplearon para utensilios toscos como morteros y hachas. Y, sin embargo, la agricultura progresa y al desbordamiento de los ríos se sustituyen canales de irrigación; la industria se desarrolla y se tejen vistosas telas; de la caza se pasa a la curtiduría y se adoban riquísimas pieles; a los primeros alimentos siguen grandes banquetes con sabrosas bebidas que sazona el placer del tabaco; se hace el comercio, se alcanza la navegación y al fin el poder guerrero, y son las ciudades fortalezas y los pueblos ejércitos. Así llegaron los nahoas a las dos expresiones de la grandeza humana: el poder por la fuerza y la riqueza, y la felicidad por el trabajo y la virtud.

5) LA CULTURA AZTECA Y LOS SACRIFICIOS HUMANOS

Miguel Othón de Mendizábal ³⁵

Sin duda uno de los temas que, con mayor frecuencia, entran en juego cuando se intenta valorar la significación de la cultura azteca es el de los sacrificios humanos. Para algunos investigadores la existencia de este rito entre los antiguos mexicanos obliga a pensar que su cultura se encontraba aún en niveles extremadamente bajos.

Las páginas que aquí se aducen de un trabajo de Miguel Othón de Mendizábal, constituyen un esfuerzo por comprender el sentido más profundo de esos ritos.

No intentaré aducir, por vía de disculpa a los pueblos aborígenes que practicaron los sacrificios humanos, la universalidad del inhumano rito, pues esto solamente implicaría análoga responsabilidad histórica, sin modificar la categoría moral del hecho; pero como quiera que ésta ha sido la tacha máxima de nuestras civilizaciones vernáculas, me concretaré a analizar, ya que hemos anotado sus posibles antecedentes, las circunstancias que normaron la realización del discutido acto ritual.

Aunque los sacrificios humanos no fueron costumbre de todas las épocas, ni de todos los pueblos aborígenes, sino de sólo aquellos que, por la naturaleza mítica de sus númenes, se vieron a ellos compelidos; pues sabemos positivamente que los toltecas no los practicaron mientras Quetzalcóatl, divinidad dulce y benéfica, preponderó en sus altares; y aun en la época de la conquista, los totonacos, devotos de Centéotl (Diosa del maíz), agricultores y laboriosos abominaron del inhumano rito, lo cierto es que los españoles los encontraron implantados, en mayor o menor grado, en casi todos los pueblos americanos, si bien fue en los aztecas entre quienes su uso excesivo, al decir de los cronistas, llegó al delirio trágico.

Difícil sería dilucidar a qué pueblo le corresponde la responsabilidad de haberlo introducido primeramente entre los ritos reli-

³⁵ Miguel Othón de Mendizábal, "Ética indígena", en *Obras Completas*, México, 1946, t. II, pp. 408-413.

giosos; lo probable es que fueron varios aisladamente acreedores a la triste primacía. Tenemos datos suficientes para suponer que el sacerdocio de Tezcatlipoca lo introdujo en el Anáhuac, cuando a raíz de su triunfo sobre los adoradores de Quetzalcóatl y la dispersión de los civilizados toltecas, quedó dueño del privilegiado territorio y señor de las masas destructoras de la excelsa nacionalidad. Por lo que atañe a los aztecas, consta históricamente que, cuando inmolaron las primeras víctimas en las aras, estableciendo ritualmente las sangrientas ofrendas, vivían una existencia misérrima, reducidos al exiguo término de sus yermos islotes, por la enemistad enconada y tiránica de los reyezuelos vecinos; obligados a nutrirse con los asquerosos detritus que flotaban en la laguna, carecían de los animales propiciatorios que demandaba el culto de su numen predilecto, grato a las sangrientas ofrendas; y en guerra continua contra la opresión extremada e insoportable, érales necesario propiciar a su dios de la guerra: se vieron compelidos, pues, por la naturaleza mítica de su divinidad principal y obligados por la necesidad a implantar en su ritual los sacrificios humanos. Establecida la terrible modificación en el ceremonial, las grandes solemnidades religiosas, la conmemoración de triunfos militares, los acontecimientos nacionales, prósperos o adversos, requirieron día a día mayor número de víctimas, ¿no es perfectamente natural que los aztecas hayan acrecentado el uso del bárbaro sacrificio, cuando coincidieron con su implantación las primeras victorias del pueblo oprimido? ¿No es absolutamente lógico, de parte del indígena, haber llegado hasta el delirio en el rito repugnante, cuando las circunstancias hicieron que al número creciente de víctimas vinieran aparejadas las más gloriosas victorias sobre enemigos poderosos, y el florecimiento inmenso de la miserable Tenochtitlan primitiva?

Los cronistas españoles, tal vez guiados por consejas populares, puesto que en su presencia no se celebraron ya los sacrificios, ni menos aún solemnidad alguna en la que perecieran miles de víctimas; quizás con ánimo deliberado de ennegrecer más las religiones vernáculas, para así disculpar el celo pseudo-religioso de los conquistadores, frecuentemente criminal y algunas ocasiones monstruoso —aparte, naturalmente, los purísimos y edificantes misioneros, honra de México, de España y de la Humanidad— hacen ascender los sacrificios practicados anualmente a números fantásticos; pero de todas suertes, el cálculo más moderado no impide que el espíritu se llene de horror.

Tales son los hechos en sí; veamos ahora las circunstancias morales y comparemos su calidad ética con la de los actos sanguinarios cuya consumación fue en todas las épocas y es en la actualidad más frecuente entre los pueblos cultos, y que han

sido tácitamente aceptados como legítimos en sus códigos morales.

Como acto religioso, el sacrificio humano era denotador por parte de los aborígenes de reverencia suma y no contravenía ninguna máxima explícita e implícita de los dogmas religiosos, puesto que la ofrenda sangrienta, propia o ajena, era agradable a los númenes. Los pueblos europeos en sus guerras, matanzas y suplicios de carácter religioso o político, que han privado de la existencia a número incomparablemente mayor de seres que las aras propiciatorias indígena, obraban y obran en contra del precepto capital de sus religiones, que prescribe el respeto a la vida humana. Además, y esto es factor capital para el juicio moral del asunto, en el concepto de la mayoría de los pueblos, pero particularmente de los cristianos de las diversas sectas, cuyas continuas luchas ensangrentaron Europa, Asia y Africa durante muchos siglos, las almas de los creyentes de la secta o religión enemiga, guerreros o víctimas, eran precipitados sin remisión a las gehenas infernales. El piadoso cruzado, al asestar el mandoble que partiría la celada del sarraceno, o el ferviente católico al atravesar de parte a parte con su estoque al hereje reformado, no solamente privaban al cuerpo de la vida terrestre, sino que, en su firmísimo concepto, condenaban el alma del contrario a las penas eternas. El conquistador español mismo ¿no tenía la convicción de que todos los indígenas a quienes privaba de la vida en nombre de su religión y de su rey, sufrirían el eterno castigo, por culpa de haber nacido, océano de por medio, a miles de leguas del sitio donde transcurrió la vida y la pasión de Cristo, y no haber podido enterarse de su predicación y convertirse a su doctrina? Por el contrario, el sacerdote indígena que ante la multitud silenciosa y reverente, no ebria de sangrienta voluptuosidad como los espectadores del circo romano, de los autos de fe inquisitoriales o de las guillotinas revolucionarias, cuando abría el pecho a las víctimas con su cuchillo de pedernal, abría al mismo tiempo, cualquiera que hubiese sido su religión y su conducta individual, las puertas privilegiadas que el Mictlán reservaba a las almas de los sacrificados.

Los sacrificios humanos no iban envueltos, entre los aborígenes, de desprecio ni odio para la víctima, que de aborrecido guerrero enemigo o esclavo degradado pasaba a ser propiedad del dios en cuyo honor sería sacrificado y personificación del numen mismo; y mientras en las viejas civilizaciones europeas, africanas y asiáticas, la mente humana discernía todo aquello de más terrible para privar de la vida a sus semejantes, en medio de los más acerbos dolores materiales y espirituales, los aztecas, los más crueles de los americanos, hacían beber a los prisioneros, fuertes por el trato especialmente regalado, no debilitados ni macilentos por el “pan y agua” de las mazmorras, brebajes nar-

cóticos que los librarían del natural dolor y que los harían caminar al holocausto con la placidez de la inconsciencia.

Para los aborígenes el peligro de morir en las aras de los dioses era una contingencia tan natural, honrosa y aun deseable, puesto que les abría las puertas del lugar más delicioso del Mictlán, como la muerte en el campo de batalla; en las raras ocasiones en que la paz dificultábase proveer de víctimas a las aras, recurrían a la guerra mensual llamada *Xochiyoauh* (guerra florida), concertada entre México, Tezcoco y Tlacopan por una parte y Tlaxcalla, Huexotcingo y Cholollan por la otra, a la que los guerreros concurrían gustosos, y en las que aprehendían o eran aprehendidos para el sacrificio; y aun hubo guerrero cautivo como *Tlalhuicole*, que se negara obstinadamente a renunciar al sacrificio gladiatorio, que le estaba destinado por haber caído prisionero en el combate, a pesar de las instancias con que los aztecas, apreciando su gran valor y extraordinaria fuerza, le brindaban sus más altas jerarquías en su ejército.

Siempre se ha considerado irresponsable, desde el punto de vista de nuestra ética utilitarista, al guerrero que mata en el combate, con la mente ofuscada por el deseo de exterminio, sea justo o injusto el motivo de la contienda y crea él o no en la justicia de su causa. El hecho ha servido directa o indirectamente a las pasiones y a los intereses de los sacerdotes, o gobiernos, naturales guardianes de la moral, encargados de justipreciar los actos de los hombres, y, naturalmente, ha sido sancionado, en tanto que la inmolación de una víctima, si no voluntaria, resignada, por un sacerdote que, sin odio ni ira, con el espíritu equivocado por la ofuscación religiosa, pero reverente y piadoso, obedece en tal acto a un ritual, a una costumbre y a una sincera fe, es anatematizado sin discusión. Este juicio de Europa contra América es injusto, y Motecúzoma, contestando a la recriminación de Cortés, dijo sobre el asunto algo para lo que —atentos el medio y la época— difícilmente se hallará réplica: “Nosotros tenemos derecho de quitar la vida de nuestros enemigos; podemos matarlos en el calor de la acción como vosotros a los vuestros, y ¿por qué no podremos reservarlos para honrar a nuestros dioses con su muerte?”

Respecto de la tacha de antropofagia lanzada por algunos cronistas españoles sobre los aborígenes americanos, y aceptada aun en la actualidad por sus deturpadores sistemáticos, interesados o gratuitos, basada en el hecho de que solieran comer ciertas partes de los cuerpos de los sacrificados, a manera de la comunión de otras religiones, por considerar su carne santificada por el espíritu del numen en cuyo honor se había verificado el holocausto, no podemos menos de conceptuarla malévolamente o torpe imputación por parte de quienes la propalaron, y necia credulidad o injusticia anticientífica de parte de quienes la propugnan todavía.

La antropofagia, como tal, es solamente propia de los hombres que habituados a comer carne como principal alimento, aprovechan la de sus semejantes, como acontece entre ciertas tribus primitivas africanas, por alimento y aun por placer, o como lo verificaron numerosos soldados españoles durante las hambres terribles de las expediciones de descubrimiento y de conquista, los naufragos de todos los países y los habitantes de las comarcas hambrientas; por necesidad imperiosa. Los maxilares de los cráneos prehispánicos, con el especial desgaste de sus molares y el exiguo desarrollo de sus caninos, nos atestiguan que los aborígenes hicieron poco uso de la carne como alimento; los cronistas de la Conquista lo corroboran al asentar que en el sitio de Tenochtitlán, los aztecas morían de hambre rodeados de cadáveres de amigos y enemigos: tenemos que absolverlos, en buena lógica, de la tacha de antropofagia, en la aceptación que podríamos llamar fisiológica, del término. Fundar la terrible acusación en el simple hecho de que hicieran uso ritual de la carne de los sacrificados, es injusticia tan monstruosa, como lo sería la de acusar de ebriedad al sacerdote cristiano por el simple hecho de beber el cáliz de vino, convertido, según su convicción profunda, en sangre de su Redentor.

Las conclusiones que de estos actos, reprobables en sí, han sacado ciertos historiadores y sociólogos, han sido que la crueldad, la venganza y la propensión a lo brutal y antinatural, constituyen las facetas salientes del carácter indígena; nada más lejos del verdadero espíritu aborigen (aunque parezca paradójico sin desmentir ni paliar los hechos que comentamos), las instituciones, la legislación, la moral indígenas, y particularmente la educación, encaminada sistemáticamente a producir individuos que viviesen normalmente dentro de sus austeras obligaciones religiosas, cívicas y militares, rechazan victoriosamente tales cargos.

Cuando a través de peligros y privaciones sin cuento, las tribus migratorias de la prehistoria americana verificaban sus dilatadas correrías por regiones hostiles, necesitaron imperativamente, depositando el egoísmo y la desorganización primitiva, adquirir la férrea disciplina indispensable para salvar a la colectividad de las asechanzas de enemigos implacables, mediante la ciega obediencia, a sus sacerdotes caudillos, venerados después en los altares; obediencia, solidaridad y disciplina que llegaron a ser condiciones fundamentales en el carácter indígena, fuertemente notorias aún. Puede decirse que estas cualidades morales, provechosas por cuanto favorecieron la estabilidad de las instituciones, tornáronse inevitablemente en contra de los pueblos indígenas siempre que se vieron sometidos a la tiranía o a la dominación extranjera; pues los pueblos acostumbrados a obedecer ciegamente, con dificultad se saben librar de la opresión, y solamente cuando se ha colmado la medida de su sufrimiento, reaccionan en

forma destructora y excesiva, volviendo después, fatigados, a caer en idéntica situación. Esta es una de las condiciones de la mentalidad indígena que más trascendencia ha tenido en nuestros acontecimientos sociales y políticos de todos los tiempos.

Al sedimentarse los grupos, una vez encontrada la comarca propicia, las nuevas condiciones de la vida impusieron la repartición de funciones: el sacerdote perdió, en parte, su investidura de caudillo militar, aplicando su sabiduría, inspirada por los dioses, a la organización religiosa ciudadana y nacional, consagrando su perseverante actividad a la educación de la juventud, clave de su influjo social; el guerrero distinguido por su pericia y valor reservó para sí exclusivamente el honroso privilegio de las armas, en tanto que los tímidos y los humildes eran obligados a desempeñar las diversas faenas materiales necesarias para el sostenimiento y progreso de la colectividad, verificándose poco a poco la selección de castas.

Los aztecas, última de las tribus náhoas llegadas a la Altiplanic mexicana, ya ocupada en su casi totalidad por diversos pueblos de la misma o de diversa filiación étnica; y, por ende, la que tuvo que soportar mayores luchas y dificultades en su acomodamiento definitivo, habían conservado en sus instituciones, quizá debido a la necesidad de cohesión para afrontar la adversidad, cierto sabor democrático y patriarcal, puesto que, bajo la dirección de los ancianos y notables de la tribu, sus más altas dignidades sacerdotales, militares y administrativas eran discernidas en sufragio, en atención a la virtud, a la sabiduría y al valor. Bien pronto, a imitación de las naciones vecinas, constituidas en incipientes monarquías, adoptaron el sistema monárquico de gobierno, que si fue electivo por la forma, llegó a ser hereditario por la costumbre.

Las profesiones distinguidas, militar y sacerdotal, lícitas para todos en principio, por lo cual no llegaron a constituir castas propiamente dichas, se fueron aristocratizando en igual forma; sus altas jerarquías, tradicionalmente otorgadas en atención al mérito individual, eran conferidas exclusivamente a miembros de la familia real en las postrimerías del imperio azteca, aunque legalmente nunca llegaron a ser hereditarias. La creación de una nobleza guerrera y la incorporación de la nobleza feudataria acabó de ahondar definitivamente la separación de las distintas clases sociales. Empero, las diferencias entre la vida noble y la plebeya no fueron tan absolutas como en otras naciones aborígenes, debido seguramente a lo reciente de la aristocratización de las instituciones, y a que los triunfos militares de la pujante nacionalidad azteca, dándole dominio sobre numerosos pueblos, obligados por la dura ley de la guerra a subvenir a las necesidades materiales de su vencedor y a proporcionar contingente de trabajadores para los bajos servicios religiosos, militares y civiles,



permitieron al pueblo azteca desentenderse de los rudísimos y desagradables trabajos de los primeros años de su residencia en Tenochtitlan, para dedicarse a las labores más productivas y honrosas. Además, la ley y la costumbre dejaron al plebeyo franco el acceso a ciertas altas dignidades sacerdotales y militares, que no cedían en importancia a las reservadas para la nobleza.

6) DEL MITO A LA VERDADERA HISTORIA

Walter Krickeberg ³⁶

De la obra de Walter Krickeberg, Las antiguas culturas mexicanas, ofrecemos el capítulo en el que se ocupa en esclarecer lo que hay de mito y de historia en muchos de los relatos del pueblo azteca acerca de sí mismo. Sin duda apreciaciones críticas como ésta ayudan considerablemente a una mejor valoración de los testimonios indígenas.

Los aztecas llamaban *nahuas* a todas aquellas tribus que hablaban el “náhuatl”, es decir, una lengua comprensible para ellos, y designaban a todos los demás con los nombres de *popolocas*, *nonohualcas* y *chontales*. La palabra “popoloca”, “los tartamudos”, corresponde casi exactamente a la palabra griega “barbaroi”; la palabra “nonohualca”, “los mudos”, se parece a “njemez”, palabra usada por los rusos para designar a los pueblos de habla extranjera. La ambigüedad de estas palabras tuvo por resultado que en el mapa etnográfico de México aparecieran varias veces los *popolocas* y los *chontales*, y en las leyendas mexicanas varios *nonohualcas*, siendo que no tienen ninguna relación lingüística unos con otros. Los aztecas consideraron como *nahuas*, en un sentido más estrecho, a aquellas tribus emparentadas entre ellas y que llegaron antes que ellos mismos a la Meseta central: los *tepanecas* (“los que se encuentran sobre la piedra”, es decir, los que habitan en el campo de lava del Pedregal) al suroeste, y los *acoluhas* con su ciudad de Texcoco al este del lago del mismo nombre; los *chinampaneas* (“habitantes de las chinampas”) hacia el suroeste y los *chalcas* (“moradores de Chalco”) al sureste del valle de México; los *tlatepotzcas* (“los que viven a espaldas de los montes”) en la Sierra Nevada, con sus ciudades de Tlaxcala y de Huexotzingo, y los *tlalhuicas* (“gente de tierra”) en los valles del sur, con las mencionadas ciudades de Cuernavaca, Huaxtepec y Tepoztlán.

La conciencia de la estrecha unión que ligaba a todas estas tribus se expresa en las leyendas sobre sus orígenes y su migra-

³⁶ Walter Krickeberg, *Las antiguas culturas mexicanas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961, pp. 41-46.

ción, según las cuales emergieron juntas a la luz del día desde *Chicomóztoc*, el “lugar de las siete cuevas”. La leyenda sobre la aparición de los antepasados desde el interior de la tierra estaba muy extendida también en otras regiones de América y del Viejo Mundo. No siempre es siete el número de las cuevas; otras leyendas hablan de una sola “cueva de origen”. Pero la cifra siete no se debe al azar, pues no sólo corresponde al número de tribus nahuas propiamente dichas, si añadimos a las mencionadas los *aztecas* o los *colhuas*, es decir, los habitantes de la ciudad de Colhuacan, estrechamente ligada a los aztecas (cerca del canal que unía los lagos de Xochimilco y de Texcoco), sino que era, además, uno de los números sagrados en México, y aparece también, por esta razón, en las leyendas sobre los orígenes que unen a los nahuas con pueblos de lenguas distintas; según esas leyendas, todos los pueblos surgieron juntos de la cueva de Chicomóztoc. Conforme a otra versión de la leyenda sobre los orígenes, relatada por Sahagún, provenían de un lejano *país más allá del mar*, el cual rodea la isla terráquea, al igual que el Okéanos en la cosmología griega. Este relato pertenece también a los arquetipos mitológicos, y se explica por la idea de que allende el mar que rodea la tierra se encontraba al Este el país del Sol, y al Oeste el país de los muertos. Un códice que trata de las migraciones de un grupo de toltecas que vivían entre los tarascos de Michoacán reúne ambos conceptos: muestra hacia el oriente, más allá del mar atravesado por los antepasados montados en perros y tortugas, el “lugar de la vasija de piedras preciosas”, cueva de cuyas fauces emergieron (otra vez en número de siete). Según el relato azteca de la “Historia de los reinos”, el dios creador Quetzalcóatl usó una vasija de piedras preciosas para crear a los primeros hombres amasados de harina “del hueso de piedras preciosas” y de su propia sangre.

Por la orgullosa conciencia de su señorío, los aztecas se excluían del número de tribus salidas de las Siete Cuevas o de más allá del mar y consideraban que tenían su propio lugar de origen, *Aztlán*. Este concepto ya no se deriva de su cosmología como el de las Siete Cuevas y el del País más allá del Mar, sino es simplemente una proyección del lugar de residencia histórico de los aztecas a una región lejana y a un pasado nebuloso. Pues lo que cuentan las leyendas sobre *Aztlán* corresponde exactamente a la situación en que se hallaban los aztecas cuando habitaban la ciudad de Tenochtitlan. *Aztlán* también es una isla en medio de un lago rodeado de carrizos y cubierto de chinampas, surcado por pescadores y cazadores de aves lacustres, y en cuya orilla se levanta el cerro de Colhuacan (“lugar de los nietos-sobrinos”, es decir de los que tienen antepasados), del mismo modo como en tiempos aztecas *la ciudad de Colhuacan* era el primer sitio al que se llegaba cuando se atravesaba el lago en barca, hacia el sur.

Para relacionar su patria original particular con la de los demás, los aztecas situaban a veces el cerro de Colhuacan directamente en la isla de Aztlán, y lo proveían de siete cuevas; así podemos leerlo en el simpático cuento que relata el viaje de los delegados del primer Moctezuma a Aztlán. Pero Aztlán no es nunca un país cerca del mar o más allá del mar. Este dato echa por tierra las especulaciones de la literatura popular sobre una relación entre Aztlán y la Atlántida. El parecido entre las dos palabras es meramente casual, porque Aztlán es una auténtica palabra azteca, “el país del color blanco”,³⁷ es decir, el país del amanecer o de los tiempos primeros, de la cual deriva el nombre de “aztecas”, o sea “la gente de Aztlán”. Los mismos aztecas usaban esta designación sólo con este significado limitado, y no como nombre de tribu. Se llamaban a sí mismos los *mexica* (*mecitin*, *mexitin*), según un héroe tribal llamado Mexitli o Mecitli, quizá idéntico a su dios tribal Huitzilopochtli, o también *tenochca*, según su caudillo más antiguo Ténoch. Pero como el nombre de “aztecas” ha adquirido carta de ciudadanía en toda la literatura, lo conservaremos aquí, ya que el de “mexicanos” designa hoy día a los habitantes del país entero, cuyo nombre deriva, al igual que el de la capital, de Mexitli.

En los relatos acerca de las grandes *migraciones* llevadas a cabo por las tribus desde sus moradas originales para llegar a sus regiones históricas, la primera parte es siempre puramente mítica, pues los nombres de las diversas paradas en la migración son simples circunscripciones de los cuatro puntos cardinales. Después de haberlos recorrido, las tribus (incluidos los aztecas) llegan siempre a Tollan, el centro del Universo, identificado con Tula, centro histórico del Imperio tolteca, y reciben allí, aunque no siempre se relate expresamente, todos los dones de la alta cultura; antes habían sido chichimecas, es decir, nómadas y cazadores vestidos de pieles que acechaban la presa con arcos y flechas; y apenas ahora se transforman en pueblos de agricultores, establecidos en ciudades y portadores de una cultura. Sólo a partir de la llegada a Tollan puede seguirse en el mapa la migración de los pueblos nahuas. Los aztecas, para no mencionar a otros, emprendieron el viaje desde Aztlán, según una de sus tradiciones, en el año 1168, y llegaron al valle de México desde el norte, estableciéndose en la ribera occidental del lago de Texcoco; según otro relato se asentaron en 1256 en la roca porfídica, regada por una fuente y rodeada de un bosque de ahuehuetes, llamada Chapultépec (“cerro del chapulín”), donde se quedaron por un largo periodo. Esta roca desempeñó también un papel importante en la historia más reciente de los aztecas, pues era

³⁷ La transcripción generalmente aceptada de “Aztlán” es “junto a las garzas” (del azteca *áztōtl*, “garza”). [E.]

una fuente de agua potable, lugar sagrado, residencia veraniega de sus reyes y sitio consagrado al culto de los muertos; hoy pertenece a la zona residencial de la ciudad de México. Pero en la prehistoria azteca, Chapultépec fue el escenario de sangrientas luchas; las tribus nahuas que residían en el valle de México antes de la llegada de los aztecas sitiaron y desalojaron del cerro a los invasores que los incomodaban con sus incursiones. Los aztecas, entonces una tribu pequeña y débil, tuvieron que someterse al príncipe de Colhuacan, quien ordenó se matara a su caudillo; pero huyeron finalmente, hartos de esta opresión, en balsas rápidamente construidas con carrizos, parecidas a las que se encuentran aún esporádicamente en las costas americanas del Pacífico y en los lagos interiores de los Andes; los aztecas se refugiaron en algunas islas de la parte occidental del lago de Texcoco, “entre carrizos y cañas, sobre el agua murmurante de color turquesa”, según dice un documento azteca. En estas islas se erigió en unos cuantos decenios, si podemos dar fe a la leyenda que obviamente concentra temporalmente los acontecimientos, la ciudad de *Tenochtitlan*, que fue residencia de los aztecas por largo tiempo. Según cálculos de Paul Kirchoff, la fundación de la ciudad data más o menos del año 1370, y no 1325, como se ha creído.

Uno se pregunta cómo fue posible que una pobre aldea de pescadores en medio de un lago salado, fundada por unos pobres prófugos en algunos islotes llenos de carrizales, haya podido transformarse en el curso de unos 100 o 150 años en una metrópoli indígena, rebosante de altísimos templos, espléndidos palacios, gigantescos monumentos, y grandes mercados, admirada por los conquistadores españoles como una ciudad de cuento de hadas sólo comparable a Venecia, la reina de los mares. También Venecia había sido fundada por gente que huía de los godos y de los hunos, refugiándose en las islas laguneras del Adriático; sin embargo, transcurrieron cinco siglos para que empezara a desplegar su futura magnificencia. Nunca se solucionará el misterio de este ritmo verdaderamente “americano” del desarrollo de Tenochtitlan; pero hay que tener en consideración algunos hechos que pueden aclarar, al menos, una parte de las cuestiones relacionadas con este misterio.

En primer lugar, existía una colonia en una de las islas por lo menos desde siglo y medio antes de 1370, como lo prueban excavaciones recién hechas: *Tlatelolco*, flanqueada después por dos lados por las casas de Tenochtitlan. La ciudad deriva su nombre de los grandes amontonamientos de tierra (*tlatelli*) que la hicieron habitable; pues sufría constantes y peligrosas inundaciones antes de esta labor. Los príncipes de la ciudad se decían descendientes de la casa real de los tepanecas, así como los príncipes aztecas de Colhuacan, y parece que tuvieron el predominio político durante la coexistencia de Tlatelolco y Tenochtitlan, hasta

que Tlatelolco perdió su independencia en 1473. Pero aún después fue hasta cierto punto independiente, en su calidad de barrio de los ricos mercaderes, y tuvo el mayor mercado y el templo más grandioso del valle de México, lo que nos hace pensar que originalmente superaba a Tenochtitlan también desde el punto de vista cultural.

En segundo lugar, los aztecas descubrieron, según cuenta la leyenda de la fundación, un abundante manantial de cristalinas aguas en la isla que se transformó después en centro de su ciudad; este manantial en medio de un lago salado tenía, naturalmente, una inmensa importancia y hubiera bastado por sí solo para animar a los aztecas a establecerse allí. Esta fuente existía todavía, en la época de florecimiento de los aztecas, dentro del recinto del templo principal, rodeada de un muro de piedra; fue cegada después de la conquista de Tenochtitlan, pero abierta nuevamente en 1528.

Para explicar la rapidez con que fueron transformándose unas pequeñas islas en una gran ciudad coherente atravesada de canales, hay que señalar en tercer lugar, como hecho importantísimo, las *chinampas* mencionadas en el primer capítulo. Sigvald Linné ha llamado la atención sobre el hecho de que las islas, que alcanzaban a dar albergue a muy poca gente en un principio, se habían ampliado, no sólo por las acumulaciones de tierra en los espacios que las separaban y por la construcción de palafitos, sino sobre todo por la construcción de las *chinampas*, que no tardaron en formar una unidad con las islas. Cuando los españoles penetraron en la ciudad el 8 de noviembre de 1519, tuvieron que pasar en efecto por un anillo exterior de *chinampas*, con simples chozas de madera y carrizos. La construcción de casas de piedra en el centro de la ciudad se inició apenas por 1400, durante el reinado del segundo monarca azteca. Otras ciudades de la región lacustre del valle de México se fundaron y desarrollaron de manera similar. Mízquic, la primera ciudad lacustre que hollaron los españoles después de descender al valle, estaba construida totalmente de palafitos en el agua, según cuenta Cortés, lo mismo que Cuicláhuac (hoy Tláhuac), que se encontraba a ambos lados del dique entre los lagos de Chalco y Xochimilco. Después de pasar estas dos pequeñas ciudades, los españoles penetraron en la de Ixtapalapa, ciudad lagunera bastante considerable, la mitad de cuyos edificios se encontraba aún en medio del lago de Texcoco, como puede verse por el mapa de Uppsala trazado 30 años después. Esta manera de construir se debió no sólo a la falta de terreno, sino a que brindaba mayor seguridad contra los ataques enemigos. Durante los combates en Tenochtitlan les fue difícil a los españoles acercarse a los indígenas, porque “de casa a casa tenían una puente de madera levadiza; alzábanla y no podíamos pasar sino por agua muy honda.

Pues desde las azoteas, los cantos y piedras y varas no lo podíamos sufrir; por manera que nos maltrataban y herían muchos de los nuestros”,³⁸ (Bernal Díaz del Castillo habla de sus propias experiencias de combate); no es de extrañar, pues, que Tlatelolco, la parte de la ciudad que más canales tenía, haya resistido más tiempo, como ciudadela natural, al sitio de la ciudad emprendido por los españoles en 1521.

La fundación de Tenochtitlan es objeto de gran número de leyendas, una de las cuales pretende explicar el *nombre de la ciudad*. Este deriva indudablemente, al igual que el nombre de tribu “Tenochca”, del caudillo Ténoch, que dirigió a los aztecas durante los primeros tiempos de la colonización de las islas, cuando éstas se encontraban aún bajo la dominación del príncipe de Tlatelolco; su significado es simplemente “lugar de Ténoch”. Como en muchos casos parecidos, el nombre fue primero, y la leyenda se elaboró después. Como el nombre de Tenochtitlan puede traducirse también por “el lugar donde el nopal (*nochtli*) crece sobre la piedra (*tetl*)”, la leyenda cuenta que dos sacerdotes llegaron a través de los carrizales de la isla hasta el manantial mencionado, junto al cual estaba posada una águila en una roca, devorando una serpiente. Esto era una señal de que el dios tribal Huitzilopochtli exigía en este lugar la construcción de un templo de culto como punto central de la futura ciudad; el signo se convirtió en símbolo de la ciudad de México y es hoy el escudo del país entero. Pero en realidad fue secundaria la relación entre el símbolo águila-serpiente-nopal y la leyenda de la fundación. Aquél expresaba originalmente la concepción cosmológica de que los sucesos del Universo se deben a la lucha de elementos opuestos, pues el águila simboliza el sol y el cielo diurno, mientras que la serpiente representa el zodiaco de los mexicanos y el cielo nocturno. Este concepto es aún habitual entre los coras modernos; en un mito ligado a este pensamiento, K. Th. Preuss encontró la idea de que el águila del día, al devorar la serpiente nocturna, se sienta sobre un nopal en el centro del cielo. Los mitos aztecas también describen a menudo el cielo como llano cubierto de zarzales. Después de la fundación de Tenochtitlan hubo una era, según relatos aztecas, durante la cual la tribu fue gobernada por caudillos, y sólo después de ésta comenzó la *era monárquica*, que se inició, según ciertas tradiciones, en 1376 con el primer rey Acamapich,³⁹ y terminó en 1521, por culpa de los españoles, con la captura de Cuauhtémoc, el décimoprimer monarca y segundo sucesor de

³⁸ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Ed. Porrúa, México, 5ª ed., 1960, en dos tomos, t. I, p. 386. [E.]

³⁹ Generalmente conocido por Acamapichtli. [E.]

Moctezuma II. Al igual que otras tribus nahuas, los aztecas consideraban a sus reyes como herederos legales del legendario soberano tolteca Ce-ácatl, cuyo título había sido Quetzalcóatl; a esto se debe que la estatua de madera de un rey difunto se ataviara durante los ritos fúnebres con el traje de Quetzalcóatl, y que al nuevo rey electo se le advirtiera del modo siguiente durante su investidura: “Recuerda que éste no es tu trono, sino que sólo te ha sido prestado y que será devuelto después [a Quetzalcóatl] a quien en verdad pertenece.” Pero los monarcas aztecas derivaban su dinastía sobre todo de la ciudad de Colhuacan, pues se creía que Acamapich era hijo de una princesa de la casa reinante de esta ciudad, de ascendencia tolteca. Esta es la razón por la que los reyes aztecas llevaban el título de “Príncipe de los colhuas”. Cuando los españoles llegaron en 1518 y 1519 a las costas de Tabasco y de Veracruz y preguntaron por el nombre de los soberanos del país, se les respondió ya con la palabra “*colhua*”; como no la entendieron bien, dieron el nombre de San Juan de *Ulúa* a la pequeña isla en que desembarcaron a la entrada del actual puerto de Veracruz, nombre que lleva hasta la fecha.

Los tres primeros reyes aztecas son figuras bastante indefinidas aún; eran menos importantes que los reyes de Tlatelolco, como ya se ha dicho, y se contaban, al igual que estos últimos, entre los vasallos del poderoso Imperio tepaneca. Por eso es verosímil que los triunfos que se atribuyen a los reyes aztecas en el Códice Mendoza hayan sido en realidad hazañas guerreras de los reyes de Tlatelolco, según informa una crónica escrita poco después de la Conquista en lengua azteca por los habitantes de esta ciudad; los reyes de Tlatelolco siguieron por mucho tiempo con sus guerras intestinas y su política independiente, hecho que los anales de Tenochtitlan callan concienzudamente. Fue con su cuarto rey *Itzcóatl* (“serpiente de obsidiana”), que reinó de 1428 hasta 1440 o de 1425 hasta 1437, cuando los aztecas de Tenochtitlan emergieron a la plena luz de la historia.

7) EL PERÍODO AZTECA

George C. Vaillant ⁴⁰

A juicio del arqueólogo George C. Vaillant, la historia de los aztecas ofrece la posibilidad de estudiar cómo una comunidad tribal pasó a convertirse en un estado importante. De su obra La civilización azteca se transcriben aquí algunas de las páginas en las que trata sobre este punto, tan estrechamente relacionado con la significación de la cultura azteca.

Durante el periodo chichimeca [siglos XI-XIII d.C.], se produjo la invasión del Valle de México por varias tribus y la dominación gradual de éstas por una cultura y modo de vida procedentes, al parecer, de Puebla y del norte de Oaxaca. La unidad política básica era la tribu, que vivía en aldeas que se sustentaban con el producto de sus tierras, completándolo, cuando era posible, con los tributos que pagaban los vasallos. A la cabeza del Estado se hallaba un jefe dinástico, que también desempeñaba funciones religiosas. Las artesanías estaban muy desarrolladas y se ejercía el comercio con el fin de proporcionar materias primas a los artesanos. Esta producción, sin embargo, estaba dedicada más bien a la religión y al rito que a la creación de riqueza personal. La religión era un complicado politeísmo basado en el culto a la naturaleza, con algún dios o dioses señalados para un culto especial; pero el funcionamiento del *tonalpohualli*, o calendario sagrado, ayudó al hombre en su tránsito por la tierra con toda la fuerza de los poderes divinos.

La historia de los tenochcas, los aztecas de la ciudad de México, muestra cómo vivía una comunidad tribal y cómo logró la posición de Estado importante. De acuerdo con sus crónicas, los tenochcas comenzaron su peregrinación en 1168 de nuestra era, aunque esta fecha es arbitraria y posiblemente representa el momento de la invención del sistema calendárico en boga en el centro de México. Primero vivieron en una isla situada en un lago del occidente de México, que cruzaban en canoas hasta ganar la orilla. En una cueva de las laderas de una colina encon-

⁴⁰ George C. Vaillant, *La civilización azteca*, México, Fondo de Cultura Económica, 1955, pp. 79-92.

traron un ídolo de Huitzilopochtli (Colibrí Hechicero), que tenía la valiosa habilidad de hablar y de darles buenos consejos. Los relatos difieren, y según unos los tenochcas comenzaron su peregrinación en compañía de otras varias tribus, iniciándola en las cuevas, de donde éstas procedían. Raras veces coinciden los nombres con que las crónicas designan las tribus; pero siempre hacen referencia a importantes personalidades tribales, de la época en que se escribieron. Estos comienzos pueden considerarse en su origen como mitos, después formalizados, sin significación histórica.⁴¹

Los tenochcas llevaban consigo en su viaje la imagen del nuevo dios. En cada alto del camino le levantaban un altar para adorarle y en recompensa él les aconsejaba. El método que seguían era permanecer un año o más en un lugar determinado, mientras que los exploradores buscaban tierras para otro asentamiento y sembraban una cosecha para levantarla cuando llegara toda la tribu. No hay seguridad respecto a los lugares en que se detuvieron, pues las diferentes tradiciones están en desacuerdo. Solamente cuando las tribus llegaron a los lagos de México se identifican fácilmente los lugares y concuerdan las crónicas.

Los tenochcas llegaron a los lagos por el noroeste, por Tula y Zumpango, de modo que hay razones para creer que su lugar de origen fue Michoacán. Parecen haber hecho toda clase de esfuerzos para evitar las guerras, conservándose a distancia de las tierras ocupadas. En determinado lugar se dividieron; en otro sacrificaron tres individuos de acuerdo con sus prácticas rituales, abriéndoles el pecho y arrancándoles el corazón, y en un tercer lugar aprendieron a elaborar pulque.

Las crónicas hacen pocas referencias a las tribus que ya existían en el valle, y su propia entrada fue casi inadvertida por las otras. Sin embargo, el jeroglífico de un manuscrito de Tezozómoc sugiere la conclusión obvia de que tuvieron que contar con el permiso de los tepanecas para pasar por Azcapotzalco y establecerse en Chapultepec, en el lugar en que ahora existe el hermoso parque. Allí vivieron felices por casi una generación; sus vecinos parecen haber sido comunidades pequeñas pero prósperas, de tal manera que el conflicto era inevitable. Los tenochcas comenzaron la lucha porque sus jóvenes remontaron el lago hasta Tenayuca, para raptar y robar mujeres, método frecuente entre los indios de la América del Norte para hacerse de prestigio. Sus vecinos más poderosos se irritaron y llevaron a cabo una expedición punitiva en la que tomaron parte tepanecas, culhuas y xochimilcas. El resultado fue horrible: el jefe tenochca Huitzilíhuhtl y la mayor parte de la tribu tuvieron que ir a vivir a Culhuacán como siervos, en tanto que el resto escapó al lago, en donde

⁴¹ Véase *Códice Boturini o Tira de la Peregrinación azteca*.

algunos islotes bajos ofrecían refugio. La gran mayoría permaneció en Tizapán, cerca del actual San Ángel, en donde estuvieron bajo la vigilancia de Cóccox, cacique de Culhuacán. Los tenochcas odiaban el lugar, que era estéril y agreste en todo, menos en serpientes venenosas y en insectos. Aun adoraban a Huitzilopochtli; pero su prestigio había perdido tanto, que los culhuas llegaron a burlarse de él en su altar y a arrojar ímudicias en el templo.

A la postre, sin embargo, la marea cambió. Cóccox se vio envuelto en una guerra con Xochimilco y llamó a los vasallos en su ayuda. Cuando los tenochcas llegaron al campo de batalla se precipitaron al ataque e hicieron no menos de treinta prisioneros, de cada uno de los cuales cortaron una oreja con sus cuchillos de obsidiana, antes de enviarlos a la retaguardia. Después de la lucha Cóccox pronunció un discurso alabando el valor de sus fuerzas al tomar tantos prisioneros; pero echó en cara a los tenochcas el haber regresado con las manos vacías. Los vasallos esperaron hasta que su señor terminara de hablar y entonces le preguntaron por qué a cada prisionero le faltaba una oreja. Ante el asombro de los culhuas por esta circunstancia extraordinaria, los tenochcas abrieron sus bolsas y mostraron las orejas que faltaban, demostrando sin posibilidad de dudas la magnitud de su hazaña. Es evidente que en esta época el culto de los sacrificios guerreros había llegado al valle, pues el énfasis que se ponía en hacer prisioneros indica que éste era uno de los propósitos primordiales de la guerra. Además, un dibujo muestra el sacrificio ulterior de los prisioneros, práctica ritual cuya ejecución tenía por objeto despertar temor por los aztecas entre las otras tribus, en todo el territorio mexicano.

El prestigio de los tenochcas subió tanto, que se presentaron ante su señor, Cóccox, y le pidieron a su hija para mujer de su jefe, a fin de que pudieran fundar una dinastía. Cóccox accedió a su petición y los tenochcas quedaron tan agradecidos que sacrificaron a la infortunada joven y con su piel cubrieron a un sacerdote, para caracterizar a una diosa de la naturaleza, Toci. Después, con total carencia de tacto, invitaron al padre a la ceremonia. Éste, que esperaba una celebración matrimonial, quedó completamente horrorizado y llamó a sus guerreros para exterminar a los tenochcas, quienes inmediatamente huyeron al lago, uniéndose a sus hermanos de tribu que ya estaban establecidos allí.

A mediados del siglo XIV había dos comunidades en las islas: Tenochtitlan, que parece haberse fundado en 1325, y Tlatelolco, que se fundó hacia la misma época; ambas eran refugio de los descontentos de la tierra firme y hacia mediados del siglo habían crecido lo bastante para pedir un cacique a las tribus de la tierra firme con objeto de fundar una dinastía. Los de Tlatelolco

recibieron un jefe de los tepanecas y los tenochcas indujeron nuevamente a Culhuacan a que les diera un cacique, Acamapichtli. Las crónicas difieren acerca de si éste llegó o no muy joven acompañado por su madre. Los *Anales de Cuauhtitlán* refieren que en esta época los tenochcas construían casas de piedra, lo que indica que una comunidad tenía que llegar a un determinado estado de desarrollo antes que disfrutar del prestigio de una dinastía importante.⁴²

En los tiempos de Acamapichtli los tenochcas fueron tributarios y aliados de los tepanecas y lucharon con éxito en contra de Tenayuca y de Culhuacán. Sin embargo, su campo de operaciones fue pequeño y un paseo de una mañana en automóvil permitirá al curioso ver todo el escenario de la historia tenochca. Huitzilhuil II sucedió a Acamapichtli a la muerte de éste, y aseguró prudentemente el futuro del estado naciente casándose con la hija de Tezozómoc. Fue jefe durante la última lucha entre los dos grandes poderes lacustres, los tepanecas y los texcocanos, guerra que terminó con la muerte del cacique de Texcoco, Ixtlilxóchitl y con la dispersión de sus feudos.

Chimalpopoca sucedió a su medio hermano Huitzilhuil y su reinado estuvo lleno de desastres. Murió Tezozómoc y su hijo Maxtla le sucedió tras el asesinato de su hermano. Maxtla estaba decidido a alcanzar el poder y mantuvo a los pueblos del valle en un hervidero de intrigas y opresión. Finalmente, asesinó a Chimalpopoca y también al cacique de la ciudad vecina de Tlatelolco, agregando el insulto a la injuria, de acuerdo con la manera indígena de pensar, al aumentar los tributos.

Los pueblos de Tenochtitlan hervían de indignación y Tlacopan (Tacuba), la pequeña aldea de la tierra firme, simpatizaba con los oprimidos. Nezahualcóyotl, el sucesor legítimo al gobierno de Texcoco, huyó hacia las colinas después de la derrota de su pueblo y organizó la oposición al enemigo. Indujo a los tenochcas, al mando de su nuevo jefe Itzcóatl, a atacar Azcapotzalco por Tlacopan, en la retaguardia, a la vez que reanimó a los texcocanos y a sus tributarios para asaltar al enemigo con columnas que debían venir en canoas y por tierra por las riberas del lago. Después de una prolongada guerra de varias semanas los aliados resultaron vencedores.

Indudablemente Nezahualcóyotl intentó que su estado recobrara su posición como poder dominante en el territorio situado al norte del lago; pero no se dio cuenta de que, cuando formó la triple alianza para defensa mutua y para propósitos ofensivos, sentó los cimientos de un estado rival que sobrepasaría a Texcoco. Los tenochcas y los texcocanos deberían recibir, cada uno, dos partes de todo el botín, los tlacopanos una; pero, probable-

⁴² *Anales de Cuauhtitlán*, edición de 1885, p. 49.

mente, el acuerdo de este reparto fue liberalmente interpretado por el que resultare en suerte más poderoso de los tres aliados. Los tenochcas adquirieron tierras en las riberas del lago, obteniendo una fuerte posición para nuevas conquistas. Desde el momento en que se dio este nuevo territorio a los jefes guerreros, se estableció una casta de poder y de riqueza. Así, pues, en lo exterior, la conquista llevó a los tenochcas de la condición de tributarios a la de un estado independiente. En lo interno hubo un cambio de actitud, pasando de un complejo de inferioridad a uno de superioridad. Itzcóatl, el cuarto jefe tenochca, expresó esta actitud al ordenar que se quemaran todos los manuscritos pictóricos históricos “por no estar al alcance de los plebeyos”.⁴³

Desde el reinado de Itzcóatl las crónicas de los reinos están en estrecho acuerdo. Aquellas escritas con anterioridad a su advenimiento al trono en 1428, muestran grandes contradicciones con diferencias frecuentes de un ciclo de cincuenta y dos años o más. Creo que este desacuerdo tiene su origen en la interrupción de la continuidad tribal en el momento de la derrota de Chapultepec, en 1300. Parte de la tribu se refugió en las islas del lago y fundó una ciudad en 1325, más o menos, gobernándola con un consejo y un jefe principal. El otro grupo fue trasladado a Tizapán y se civilizó de acuerdo con las normas culhuas. La fundación de Tenochtitlán, desde el punto de vista de ellos, no ocurrió hasta que se unieron con el grupo original del lago, en donde, tan pronto como fue posible, erigieron templos de piedra y trataron de fundar una dinastía.

Itzcóatl hizo posible a los tenochcas crear la civilización azteca. Sus reformas históricas coincidieron también, sin duda, con la reglamentación del culto, pues emprendió la construcción de templos y el ordenamiento de una jerarquía religiosa; instituyó rangos en el gobierno civil y vigiló la erección de la ciudad, construyendo terraplenes hasta la tierra firme a fin de asegurar su fácil acceso. Itzcóatl comenzó a dominar sistemáticamente a las tribus independientes del Valle no sujetas a Texcoco; también logró victorias y el reconocimiento de su supremacía sobre los poderosos chalcas y xochimilcas, tribus éstas que estaban más unidas desde un punto de vista cultural a los grupos de Puebla que a los del norte del valle. Para demostrar su independencia, Itzcóatl tuvo una escaramuza con los texcocanos de Nezahualcóyotl y, en consecuencia, la paz entre los antiguos aliados fue un tanto precaria.

Moctezuma I, conocido con el apodo de Ilhuicamina, el Iracundo, sucedió a Itzcóatl después de su muerte, en 1440. Este

⁴³ Sahagún, fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*, libro X, capítulo XXIX.

cacique, que ya se había destacado como jefe en las guerras de Itzcóatl, extendió más aún los dominios de Tenochtitlán. Combatió y venció a los chalcas, quienes detestaban a las tribus del norte del valle, y cruzó las montañas para hacer incursiones hacia el oriente, en las regiones de Puebla y Veracruz, y hacia el sur para conquistar poblaciones en Morelos y Guerrero. Debe haber existido una cooperación militar bastante estrecha entre Texcoco y Tenochtitlán, pues las conquistas que los historiadores tenochcas atribuyen a Tenochtitlán, aparecen como victorias de Texcoco en las crónicas texcocanas. Los pobres tlacopan desaparecieron de la escena, quizá independientes aún, pero seguramente sin participar en el reparto del botín, una situación que recuerda la de Italia en 1918.

Bajo el gobierno de Moctezuma I progresaron mucho los aspectos culturales de Tenochtitlán. Dictó medidas sanitarias en beneficio de su pueblo, construyendo un acueducto desde los manantiales de Chapultepec para traer agua potable en abundancia a la ciudad. Ordenó la construcción de un gran dique en el perímetro oriental de su capital, para represar el desbordamiento de los lagos en la época de las lluvias.

Las conquistas dentro del territorio de Puebla pusieron a los tenochcas en contacto con la religión altamente desarrollada de esa zona, de modo que se construyeron muchos nuevos templos en honor de dioses y diosas azorados por las tribus conquistadas. En las épocas de paz relativa revivió la Guerra Florida, competencia religiosa entre guerreros de dos tribus o grupos de tribu, a fin de obtener prisioneros para sacrificar, sin las dislocaciones económicas de una guerra formal. Esta práctica era conocida desde hacía mucho tiempo en el valle y los tenochcas tomaron parte en estas luchas con los chalcas entre los años de 1376 y 1384; pero los tenochcas habían estado en guerra tan continuamente que se acostumbraron a hacer prisioneros de la manera más difícil.⁴⁴

Las cosechas fueron malas de 1451 a 1456, debido a fuertes tormentas y a las heladas; murió mucha gente y otras, incapacitadas para sostenerse, se sometieron voluntariamente a la esclavitud, a fin de participar de la munificencia de los más afortunados. Por lo general el hambre llevaba a un aumento en la actividad militar para llenar las despensas vacías con abastecimientos exigidos como tributo; pero esta vez la situación fue tan grave y los tenochcas estaban tan débiles, que hubieron de contentarse con una Guerra Florida.

Axayácatl sucedió a su padre Moctezuma I en 1469, amplió el dominio tenochca, llegando hacia el occidente al territorio matlatzinca y hacia el sur hasta Oaxaca y Tehuantepec. Llevó

⁴⁴ Bancroft, *Native races*, 1883, vol. V, pp. 414-415.

a cabo una campaña en el territorio tarasco y tuvo una espantosa derrota que aseguró la independencia de estas tribus de Michoacán hasta su conquista por los españoles. Éste fue el único desastre militar serio de los tenochcas, hasta los horrendos días de 1519.⁴⁵

Ni Axayácatl ni sus sucesores fueron capaces de transformar el dominio de una región en señorío. Axayácatl logró, sin embargo, vencer al pueblo vecino de Tlatelolco, matando a su jefe y negando a su consejo el derecho de discutir con los tenochcas asuntos de importancia para la tribu. Hasta ese momento Tlatelolco había mantenido su independencia y había crecido tanto como Tenochtitlán, ayudando en muchas campañas. Fue famoso por sus comerciantes y su mercado fue el más grande de México, aun después de que quedó sometido a servidumbre. Las rivalidades locales no condujeron, sin embargo, a la guerra, hasta que ambas ciudades compitieron en la construcción de templos a Huitzilopochtli, el Dios de la Guerra. Al parecer, esta competencia por el favor divino los llevó a la guerra, cuando los conflictos económicos no lo habían hecho. Por más que parezca ridículo, se rompieron las hostilidades por la insultante conducta de las mujeres de Tlatelolco, que mostraban sus posaderas con gesto despreciativo, a los encolerizados visitantes tenochcas.

Las artes religiosas alcanzaron su completo desarrollo bajo Axayácatl. En esta época se labró la gran Piedra del Calendario, que pesa más de veinte toneladas y tiene un diámetro de cuatro metros. El bloque fue cortado en la tierra firme y los jefes aliados enviaron su ayuda para arrastrar por las calzadas esta masa gigantesca. Destinada a simbolizar el universo azteca, es un ejemplo magistral de una obra modelo, cuyos detalles amplían en vez de empequeñecer la visión del concepto.

En 1472, al comienzo del reinado de Axayácatl, llegó a su término la vida de una gran figura en la historia indígena americana, Nezahualcóyotl. Este jefe texcocano, al hacerse hombre, abandonó su país huyendo de las venganzas de los tepanecas; pero luchó e intrigó hasta regresar al poder y aun restauró la fortuna de su pueblo, que en el siglo anterior había rivalizado con los culhuacanos en los años formativos de la civilización azteca. Nezahualcóyotl tenía un amplio sentido jurídico que le permitió estructurar con buen éxito la organización administrativa de un reino muy extendido. Como los texcocanos tenían ya, antes de la dominación tepaneca de 1419 a 1428, una cadena de vasallos que les pagaban tributo, al reconquistar este dominio años después, no fue tanto una conquista como la imposición de derechos en mora.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 434 y Durán, *Historia de las Indias*, I, capítulo XXXII.



Nezahualcóyotl se interesó vivamente en la construcción de templos y de edificios públicos, así es que, pese a su actual apariencia ruinoso, Texcoco fue una de las ciudades más imponentes de la altiplanicie central. Su palacio cercano y su baño, desbastado en la roca sólida de Texcotzingo, son pruebas ostensibles del lujo magnífico de su vida.

Nezahualcóyotl se interesó profundamente por la religión y las artes; transformó la especulación teológica en una filosofía de la religión y rindió culto a un dios único, a través de cuyo poder se manifiesta la naturaleza y del que los dioses menores derivan su fuerza y su existencia. Fomentó las artes y se conquistó, por su parte, un gran renombre como poeta y orador. El conocimiento de las estrellas le fascinaba y era muy entendido en la astronomía astrológica de su tiempo. En contraste con la ejecutoria fría y acerba de los grandes señores tenochcas, su carrera fue un modelo de sabia administración. Destácase entre las hazañas de Nezahualcóyotl la de haber mantenido la paz con su arrogante aliado insular, Tenochtitlán, siempre presto a aumentar su riqueza y su poderío mediante la intriga, el asesinato o la guerra declarada.

8) BARBARIE Y CIVILIZACIÓN

Jacques Soustelle ⁴⁶

Del libro que escribió este autor, La vida cotidiana de los aztecas, proceden los párrafos que aquí se incluyen. En ellos se quiere mostrar cómo la realidad del mundo azteca se derivó de una doble herencia cultural: la de los antiguos bárbaros chichimecas y la de los civilizados toltecas. A juicio de Soustelle, los aztecas llegaron al fin a situarse plenamente en el contexto de una civilización.

Los aztecas sabían muy bien que ellos mismos, cuatro o cinco siglos antes, habían vivido una vida semejante. En esta época lejana se llamaban “los bárbaros de Aztlán”, *Chichimeca azteca*, y llevaron esta existencia primitiva hacia muy largo tiempo, “durante mil y catorce años”, cuando comenzaron su peregrinación.⁴⁷ No es casualidad que su antiguo país, junto a Aztlán, se llamara Chicomóztoc, “las siete cuevas”. ¿Y de qué vivían? “Comían conejo, venado, fieras, serpientes, pájaros; viajaron con sus sayas de cuero, y comían por alimento y sustento lo que se les presentaba.”⁴⁸ Eran, pues, verdaderos nómadas cazadores y recolectores, como debieran seguir siéndolo, hasta una época muy posterior a la conquista española, los indios del norte de México.⁴⁹

El proceso de transculturación por el cual los bárbaros que penetraron hasta el valle central llegaron muy rápidamente a adoptar los vestidos, la lengua, las leyes y las costumbres de los civilizados sedentarios nos es bien conocido gracias a las crónicas de la dinastía de Texcoco. Esta dinastía, en efecto, se preciaba de descender directamente del jefe chichimeca Xólotl, que condujo

⁴⁶ Jacques Soustelle, *La vida cotidiana de los aztecas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, pp. 219-221.

⁴⁷ Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica Mexicayotl*, p. 14.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 18.

⁴⁹ Paul Kirchhoff, “Los recolectores-cazadores del Norte de México”, *El Norte de México y el Sur de los Estados Unidos*, México, 1943, pp. 133-144.

las hordas salvajes cuando vinieron a instalarse después de la caída del imperio tolteca.

Xólotl y sus dos sucesores vivían todavía en las cuevas y en los bosques. El cuarto soberano, Quinatzin, adoptó la vida urbana en Texcoco y obligó a su tribu a cultivar la tierra: una parte de sus hombres se sublevó y huyó hacia las montañas. El quinto, Techotlatzin, aprendió la lengua tolteca que le enseñó una mujer de Colhuacán y acogió en su capital de Texcoco a algunos civilizados que se incorporaron a su propia tribu. Finalmente Ixtlilxóchitl adoptó en todos sus aspectos las costumbres de los “toltecas” (es decir de los civilizados de lengua náhuatl cuya cultura había conocido su periodo más brillante antes de la irrupción de los nómadas) y su hijo Nezahualcóyotl aparece como el representante más típico y más refinado de la cultura mexicana clásica.⁵⁰ Todo este proceso de transformación había requerido apenas doscientos años.

Y es que cuando los bárbaros llegaron a la altiplanicie se pusieron en contacto no sólo con los vestigios de una gran civilización, la de los toltecas, sino también con las poblaciones que seguían asentadas en el lugar y permanecían fieles a esa civilización.⁵¹ Tula ya había sido abandonada, el estado tolteca había desaparecido, pero en Colhuacán, Cholula, Xochimilco, Chalco y en muchos otros lugares subsistían la lengua, la religión y las costumbres de los toltecas. Otras aldeas como Xaltocan habían sido pobladas por los otomíes, campesinos sedentarios de costumbres rústicas, pero que habían vivido durante mucho tiempo dentro de la órbita tolteca.

Alrededor de estas ciudades-estados toltecas o toltequizadas, bajo su influencia y conforme a su modelo, se crearon las de los recién llegados, y después las de las tribus que continuaron llegando desde las estepas septentrionales, la más reciente de las cuales fue la de los aztecas. Todas estas tribus adoptaron las estructuras política y social, los dioses y las artes de sus predecesores: la ciudad-estado con su consejo y su dinastía, las dignidades y las órdenes caballerescas, los cultos campesinos, el calendario y los sistemas de escritura, la poligamia, el juego de pelota. Lo que Teodorico, Boecio y Casiodoro no pudieron hacer en Italia después de la caída del Imperio de Occidente, lo hicieron los aztecas que llegaron después de la desaparición de Tula, y hay que reconocer que ello constituye, en la historia de las civilizaciones humanas, un éxito notable.

Los aztecas y sus vecinos sabían, pues, que el desarrollo de los acontecimientos los habían colocado en la intersección de dos linajes: por una parte el de los bárbaros, de lo cual no se aver-

⁵⁰ Véase Ixtlilxóchitl, *op. cit.*, pp. 57 ss. y 73 ss.

⁵¹ Véase el *Mapa Tlotzin*.

gonzaban y cuyas virtudes guerreras cultivaban; por otra, el de los civilizados, de los toltecas, simbolizado por el dios-héroe Quetzalcóatl, inventor de las artes y de los conocimientos, protector de la sabiduría.

En cuanto herederos de los toltecas, se clasificaban a sí mismos junto a los pueblos que no eran bárbaros, “gentes del hule y del agua salada” (olmeca-uixtotin) “que están hacia el nacimiento del sol y no se dicen *chichimecas*”.⁵² Eran las tribus que vivían principalmente en la provincia de Xicalanco (al sur del actual Estado de Campeche) y que, haciendo de intermediarios entre el mundo mexicano y el mundo maya, conservaban relaciones amistosas con el imperio azteca sin estarle sometidas.

El México antiguo nos ofrece pues un caso muy claro de comunidad cultural superpuesta a la división política, comunidad sentida vigorosamente, que tomaba la forma tradicional del mito tolteca; este mito, por otra parte, tenía muchos elementos históricos mezclados con las representaciones simbólicas. El indio de Tenochtitlán o de Texcoco, de Huexotla o de Cuauhtitlán, no se defendía solamente como miembro de una tribu, como ciudadano de una ciudad, sino como un hombre civilizado que participaba en una cultura superior.

Por ello se oponía no solamente a los chichimecas que habían seguido en un estado de vida errante y salvaje, sino también a los rústicos otomíes,⁵³ a los popolocas, “que hablan un lenguaje bárbaro”, a los tenime, “que quiere decir gente bárbara, y son muy inhábiles, incapaces y toscos”.⁵⁴ Esta noción de una cultura superior conllevaba ciertos conocimientos y la práctica de algunas artes, un modo de vida determinado y un comportamiento acorde con ciertas reglas.

⁵² Sahagún, edición de 1938, t. III, p. 144.

⁵³ *Ibid.*, t. III, p. 124.

⁵⁴ *Ibid.*, t. III, p. 133.

9) EL AGUILA Y EL NOPAL

Alfonso Caso ⁵⁵

Sobre la base del análisis de un monumento de procedencia azteca, "el teocalli de la guerra sagrada", elaboró Alfonso Caso una interpretación de lo que fue, a su juicio, uno de los mitos fundamentales del llamado por él "Pueblo del Sol". En la imagen del águila o sea del sol, al que se ofrecen las tunas rojas que son los corazones humanos, encuentra el autor la clave del simbolismo que iluminó la mística guerrera de los aztecas. De ese misticismo se derivaron no pocos elementos que dieron sentido y cohesión a su cultura. Las páginas que se transcriben constituyen la parte final de este estudio de Alfonso Caso.

En un magnífico monumento, descubierto hace años en los cimientos del Palacio Nacional, aparece en la parte posterior el nopal y encima el águila; pero el nopal tiene sus tunas transformadas en corazones humanos, lo que demuestra que no se trata de la representación realista de la planta, sino del simbólico nopal que produce los corazones humanos, los *cuauh-nochtlis* o tunas de águila.⁵⁶

El águila posada en el nopal, en la representación a que me estoy refiriendo, agarra dos tunas en forma de corazones, como tomando posesión de ellas, y es que el Sol, según la mitología azteca, se alimenta con la sangre y con los corazones humanos.

El águila sobre el nopal significa entonces que el Sol está posado en el lugar en que recibirá su alimento. El nopal, el árbol espinoso que produce la tuna roja, es el árbol del sacrificio; y según la mitología, sólo el sacrificio de los hombres podrá alimentar al Sol; sólo ofreciéndole la tuna colorada, podrá el ave solar continuar su vuelo.

Y es que el sol es concebido por los aztecas como un guerrero; como el guerrero por excelencia, que tiene que luchar todos los días con sus hermanos, los poderes de la noche, representados por las estrellas, los *centzon mimixcoa* y *centzon huitznahuac*,

⁵⁵ Alfonso Caso, "El águila y el nopal", *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, t. V, Núm. 2, abril-junio, 1964, pp. 102-104.

⁵⁶ A. Caso, *El teocalli de la Guerra Sagrada*.

“los innumerables del norte y del sur”, y por los *tzitzimime*, los planetas, capitaneados todos ellos por la Luna, la *Coyolxauhqui* o *Malinalxóchitl*.

Si el Sol no venciera en esta lucha diaria, si alguna vez fuera débil y no pudiera resistir la acometida de sus innumerables enemigos, los poderes nocturnos se apoderarían del mundo; estrellas y planetas bajarían a la tierra y, como en la trágica noche del fin del siglo, cuando el sol desaparecería, los astros nocturnos se convertirían en fieras espantables que devorarían a los hombres, y así se acabaría el mundo cuando fuera derrotado el sol.

Por eso el águila, representante del Sol, se opone al tigre, representante de la noche, y por eso la lucha que en el cielo libra el Sol contra los poderes nocturnos, debe tener su imitación en la tierra, en la lucha entre los guerreros águilas y tigres.

Los prisioneros que van a ser sacrificados al Sol llevan todos la pintura de tiza blanca con rayas rojas verticales, como aparecen pintados los dioses estelares: *Mixcóatl*, que representa la vía láctea, *Tlahuizcalpantecuhtli*, que representa al planeta Venus, etc., y llevan sobre los ojos, a manera de antifaz, la pintura negra, bordeada de puntos blancos, que los caracteriza como dioses del cielo estrellado.

Cada prisionero que el azteca toma y sacrifica al Sol, es una estrella que ha sido capturada. Su corazón debe ser ofrecido al águila divina, para alimentarlo y ayudarlo a seguir en el combate.

Pero esta lucha eterna entre el Sol y los poderes nocturnos, no es sólo una lucha cósmica entre dos fuerzas que se disputan el dominio del mundo; es también, y sobre todo, una lucha ética; un combate entre las fuerzas oscuras del mal, y las luminosas fuerzas del bien, representadas por el Sol.

El azteca es entonces un pueblo con una misión. Un pueblo elegido. El cree que su misión es estar al lado del Sol en la lucha cósmica, estar al lado del bien, hacer que el bien triunfe sobre el mal, proporcionar a toda la humanidad los beneficios del triunfo de los poderes luminosos sobre los poderes tenebrosos de la noche.

Es claro que el azteca, como todo pueblo que se cree con una misión, está mejor dispuesto a cumplirla si de su cumplimiento se deriva el dominio sobre los otros pueblos. Ya desde el siglo XVI la vocación apostólica y civilizadora de los pueblos europeos, se encuentra particularmente inflamada cuando aquellos que van a civilizar, son poseedores de riquezas que no pueden obtenerse en los países civilizados: oro, especias y perlas en el siglo XVI; petróleo, hule, henequén, quina en el siglo XX.

El pueblo azteca, como todo pueblo imperialista, tuvo siempre una excusa para justificar sus conquistas, para extender el dominio de la ciudad-estado de Tenochtitlán, y convertir al rey

de México en el rey del mundo “*Cem-Anahuac tlatoani*, y a México-Tenochtitlan, en la capital del imperio que titulaban *Cem anahuac tenuchca tlalpan*, es decir “el mundo, tierra tenochca”.⁵⁷

La idea de que el azteca era un colaborador de los dioses; la concepción de que cumplían con un deber trascendental y que en su acción radicaba la posibilidad de que el mundo continuara viviendo, permitió al pueblo azteca sufrir las penalidades de su peregrinación, radicarse en un sitio que los pueblos más ricos y más cultos no habían aceptado, e imponerse a sus vecinos ensanchando constantemente su dominio, hasta que las huestes aztecas, llevaron el poder de Tenochtitlán a las costas del Atlántico y del Pacífico y sometieron a pueblos más adelantados culturalmente y más antiguos en la posesión de las tierras de la altiplanicie y de las costas.

El símbolo constante de esta fuerza expansiva, de esta explosión religiosa y económica; lo que sintetizaba el ideal azteca en su lucha por el poder y por el bien, era el águila sobre el nopal. El sol, dador de toda vida, podía seguir seguro su camino en el cielo; el águila divina, volaría todos los días de oriente a occidente, pues aquí en la tierra, alrededor del *tenochtli*, el árbol del sacrificio, el pueblo azteca se encargaría de luchar por él y proporcionarle su alimento mágico, la vida del enemigo, del hombre-estrella, que representaba a los poderes nocturnos que conspiraban contra la vida del Sol.

La cultura azteca, su organización social, su dominio sobre los otros pueblos, desaparecieron absorbidos dentro de la cultura europea. Pero sin su acción imperial, la estructura de la Nueva España habría sido imposible. El *Cem anahuac tenochca* fue la base sobre la que se construyó la unidad de la Nueva España y ahora, la unidad de México. Alcanzada esta unidad, México no es ni será un país imperialista; nuestra misión no es, como la del romano o el azteca, regir a los pueblos, sino vivir en paz con ellos.

Pero el águila y el nopal, sigue en nuestro escudo como una inspiración; seguimos creyendo como el azteca, que es fundamental un ideal que inspire nuestra vida y ese ideal no puede ser otro que el de poner nuestras fuerzas en conjunción, para conseguir el triunfo del bien. Así, el viejo símbolo que movió a los aztecas a través de los desiertos y las planicies del norte, hasta fundar la Ciudad del Sol en medio del lago de la Luna, sigue siendo actual; sigue inspirando nuestro deseo de crear una gran patria que tenga su centro, allí donde por primera vez se posó el águila sobre el nopal.

⁵⁷ Tezozómoc, *Crónica Mexicana*, p. 253.

10) LA TRAICIÓN A QUETZALCÓATL

Laurette Séjourné⁵⁸

En función asimismo del tema de los sacrificios humanos la arqueóloga francesa Laurette Séjourné expresa en este capítulo su interpretación acerca de aspectos muy significativos de la cultura azteca. A su juicio, el sesgo que dieron los aztecas a su pensamiento y a sus formas de actuar, constituye la que describe como “traición a Quetzalcóatl”, o sea a los ideales espiritualistas de los antiguos toltecas. Como podrá verse, entre esta interpretación, y otras que ya se han aducido, existen muy grandes diferencias.

Como si fuera una norma para todos los despotismos, el de los aztecas no pudo implantarse más que apoderándose de una herencia espiritual que transformó, traicionándola, en arma de dominación. Si se tiene en cuenta que el nivel intelectual prevaliente entre estas poblaciones de cazadores nómades debía ser de lo más primitivo —recuérdese que poco antes de su llegada al Altiplano los aztecas estaban gobernados todavía por una hechicera—, resulta natural la metamorfosis de un alto pensamiento místico en magia.

Lo cierto es que, fuera de la parte fácilmente discernible que toman de la doctrina de Quetzalcóatl, los aztecas no poseían ninguna creencia que pueda calificarse de religiosa, ya que todo concepto filosófico o moral expresado en sus textos se relaciona con la unidad espiritual tolteca. La única divinidad que se considera de origen azteca es Huitzilopochtli, el dios de la guerra; pero, como para todo lo demás, es imposible definir sus propiedades sin recurrir a la enseñanza de Quetzalcóatl. De hecho, con Huitzilopochtli se limitan a ilustrar el principio de reintegración en el gran Todo, por una entidad solar que se alimenta de la sangre de los mortales; es decir, no hubo cambio más que en el culto.

Se puede afirmar entonces que la tradición antigua constituía el único cuadro espiritual de la sociedad azteca. Es sorprendente

⁵⁸ Laurette Séjourné, *Pensamiento y religión en el México antiguo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957, pp. 35-43.

ver con qué fidelidad fue mantenida viva —por medio de oraciones, sermones, poemas, relatos míticos— una tradición que la realidad desmentía. Se continuaba, por ejemplo, invocando un “señor nuestro, humanísimo, amparador y favorecedor de todos”, mientras que para celebrar cualquiera de estos dioses “humanísimos” se cometían indescriptibles atrocidades, de las que los textos que siguen darán una noción:

Hacían una muy solemne fiesta del dios llamado Xipe Tótec, y también a honra de Huitzilopochtli. En esta fiesta mataban todos los cautivos, hombres, mujeres y niños... Los dueños de los cautivos los entregan a los sacerdotes al pie del *Cu* y ellos los llevaban por los cabellos cada uno el suyo por las gradas arriba, y si alguno no quería ir de su grado, llevábanle arrastrando hasta donde estaba el tajón de piedra donde le habían de matar, y en sacando a cada uno de ellos el corazón... luego lo echaban por las gradas abajo, donde estaban otros sacerdotes que los desollaban... Después de desollados, los viejos... llevaban los cuerpos al *calpuco* donde el dueño del cautivo había hecho su voto... ahí lo dividían y le enviaban a Moctezuma un muslo para que comiese, y lo demás lo repartían por los otros principales y parientes...⁵⁹

Cada uno de los señores tomaba por los cabellos a su cautivo, y llevábalo a un lugar que se llama Apetlac, y allí los dejaban todos; luego descendían los que los habían de echar en el fuego, y espolvorizábanlos con incienso las caras... Luego los tomaban y atábanlos las manos atrás, y también los pies; después los echaban sobre los hombres a cuestras y subíanlos arriba a lo alto del *Cu*, donde estaba un gran fuego y un gran montón de brasa, y llegados arriba, luego daban con ellos en el fuego... y allí en el fuego comenzaba a dar vuelcos, y hacer bascas el triste cautivo... y estando en esta agonía sacábanle con unos garabatos... y poníanle encima del tajón... y luego le abrían los pechos... le sacaban el corazón y le arrojaban a los pies de la estatua de Xiuhotecutli, dios del fuego.⁶⁰

No es inútil recordar aquí que el jefe supremo de los sacerdotes que cumplían semejantes tareas, debía ser, según las declaraciones oficiales, “virtuoso, humilde y pacífico, y considerado, y cuerdo, y amoroso, y misericordioso, y compasivo, y amigo de todos, y devoto”...⁶¹

⁵⁹ Fray Bernardino de Sahagún, *Historia General de las Cosas de Nueva España*, 3 vols., México 1964, t. I, pp. 136-137.

⁶⁰ *Ibid.*, t. I, pp. 192-193.

⁶¹ *Ibid.*, t. I, pp. 330-331.

Como, por otra parte, a ese pontífice se le consideraba como una reencarnación de Quetzalcóatl —guía luminoso del perfeccionamiento interior—, se convendrá que no es exagerado hablar de traición a propósito de la pretendida religión de los aztecas.

La existencia de Tenochtitlan reposaba sobre los tributos de los países conquistados, y es fácil comprender la necesidad imperiosa que tenían los aztecas de un sistema de pensamiento que sostuviese su imperialismo. Es indiscutible que *la necesidad cósmica del sacrificio humano* constituyó un *slogan* ideal, porque en su nombre se realizaron las infinitamente numerosas hazañas guerreras que forman su historia y se consolidó su régimen de terror.

Con un método y una disciplina rigurosas, extraían de cada comarca las materias más preciosas, y riquezas inauditas aflúan así a la capital del Imperio.

Después de viajes que podían durar meses, largas caravanas de tributarios llegaban diariamente a la ciudad con sus cargamentos de oro, de jade y de turquesas finamente trabajadas; de plumas deslumbrantes; de pieles de tigres, de leones o de leopardos, de conchas marinas; de sal, de cacao, de tabaco...

Traían también copal para los rituales de los dioses; águilas, plumas y serpientes para el jardín zoológico del rey; enanos, jorobados, albinos para el servicio de palacio; vírgenes destinadas a la “casa de la alegría”, institución protegida por Huitzilopochtli y destinada a “atraer nuevas almas”...

Pero nada da una idea más exacta de la naturaleza implacable del poder que ejercían los aztecas, como el tributo de sangre que impusieron a Tlaxcala, una ciudad vecina.

Las victorias obtenidas por el pueblo de Tenochtitlan, se convirtieron en obstáculo para nuevas guerras, porque las provincias por conquistar habían quedado separadas de la metrópoli por los extensos territorios dominados. Es verdad que contaban con las expediciones punitivas contra los países que tenían la audacia de intentar liberarse de la protección del pueblo elegido, pero no eran más que casos aislados, insuficientes para mantener la destreza de la turbulenta juventud azteca.

Huitzilopochtli había declarado además que no apreciaba demasiado los sacrificios de los bárbaros de tierras lejanas, y los altos dignatarios de Tenochtitlan tuvieron la idea ingeniosa de instituir en Tlaxcala esas “ferias militares” que permitirían ofrecerle víctimas tan apetitosas como “panecillos saliendo del horno”.

Esto ocurrió en el momento en que Tlaxcala, después de un sitio extenuante sostenido contra los aztecas, se vio obligada a rendirse. ¿Qué tributo podía exigir Tenochtitlan de una ciudad tan pobre? Fue entonces cuando se decretó que se convertiría en un campo de batalla permanente para capturar hombres

destinados a alimentar al Sol, y como Huitzilopochtli exige que los prisioneros que le son ofrecidos hayan luchado valerosamente, se continuará atizando el odio de los dos pueblos después que un pacto de sumisión había sido probablemente ya firmado.

A causa de estas guerras que se mantendrán hasta la llegada de los españoles, existe la tendencia a creer que Tlaxcala había quedado independiente respecto de Tenochtitlan, hipótesis difícilmente sostenible si se analizan atentamente las crónicas. Dada la importancia de este punto para comprender el mecanismo de la sociedad azteca, citaremos íntegramente un pasaje que le consagra el historiador indígena Ixtlilxóchitl.

Viendo que no cesaban las calamidades, se juntaron todos con la Señoría de Tlaxcalan a tratar el modo más conveniente para este efecto: los sacerdotes y sátrapas de los templos de México dijeron que los dioses estaban indignados contra el imperio, y que para aplacarlos, convenía sacrificar muchos hombres... Nezahualcoyotzin... dijo que bastaba que les sacrificasen los cautivos de guerra, que así como así habían de morir en batalla, se perdía poco, demás de que sería muy grande hazaña de los soldados haber vivos a sus enemigos, con lo cual, a más de que serían premiados, harían este sacrificio a los dioses: replicaron los sacerdotes, que las guerras que se hacían eran muy remotas y no ordinarias, que vendrían muy a espacio y debilitados los cautivos que se habían de sacrificar a los dioses... Xicoténcatl uno de los señores de Tlaxcalan fue de opinión, que desde aquel tiempo en adelante se estableciese que hubiesen guerras entre la señoría de Tlaxcalan y la de Tetzcuco con sus acompañados, y que se señalase un campo donde de ordinario se hiciesen estas batallas, y que los que fuesen presos y cautivos en ellas se sacrificasen a sus dioses, que sería muy acepto a ellos pues como manjar suyo sería caliente y reciente, sacándoles de este campo; demás de que sería lugar donde se ejercitasen los hijos de los señores, que saldrían de allí famosos capitanes, y que esto se había de entender sin exceder los límites del campo que para el efecto se señalase, ni pretender ganarse las tierras y señoríos, y asimismo había de ser con calidad que cuando tuviesen algún trabajo o calamidad en la una u la otra parte habían de cesar las dichas guerras y favorecerse unos a otros... A todos pareció muy bien lo que había dicho Xicoténcatl, y como interesados y muy religiosos... apretaron en el negocio para que se efectuase...⁶²

⁶² Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras Históricas*, 2 vols., México, 1892, t. II, p. 206-207.

Como se ve no se trata, de ningún modo, de guerras por la independencia, sino de luchas concertadas según un pacto bien en regla. Si, por otra parte, se tiene en cuenta que los razonamientos que Íxtlilxóchitl hace pronunciar al tlaxcalteca vencido debieron ser verosímilmente sostenidos por los todopoderosos mexicanos, resulta claro que este pacto, lejos de ser un acuerdo entre iguales, debió representar una monstruosa imposición.

Las pruebas que confirman este juicio son múltiples, como por ejemplo, cuando vemos a un rey de Tenochtitlan o de Texcoco * dar órdenes a los jefes de Tlaxcala, como surge con nitidez de los pasajes siguientes, que nos dan, además, una fuerte imagen de las costumbres que reinaban entonces en el Altiplano.

El rey (Nezahualcóyotl) cuando vio aquella señora... tan hermosa y dotada de gracias y bienes de naturaleza... le robó el corazón y disimulando lo mejor que pudo su pasión, se despidió de este señor (el marido de la dama) y se fue, a su corte, en donde dio orden con todo el secreto del mundo... de mandar quitar la vida a Quaquauhtzin... y fue de esta manera: despachó a la señoría de Tlaxcala un mensajero... a decir que a su reino convenía que fuese muerto Quaquauhtzin... y para darle muerte honrosa pedía a la señoría mandase a sus capitanes lo matasen en la batalla, que para tal día le enviaría al efecto, de manera que no lo dejaran volver con vida...⁶³

Varias decenas de años después de este episodio, vemos que Moctezuma II, con el fin de debilitar el poder de su aliado, el rey de Texcoco, se dirige a Tlaxcala para ejecutar una de las traiciones en las cuales el emperador de los aztecas era maestro:

Moctezuma... envió secretamente sus embajadores a la Señoría de Tlaxcalan, avisándole de cómo el rey de Texcoco tenía convocado todo lo más y lo mejor de sus ejércitos no para el ejercicio militar y sacrificio de sus dioses conforme la ley y costumbre que entre ellos estaba establecida y guardada por ellos y por sus mayores, sino con intento de destruir y asolar la provincia y señorío... Esta embajada causó grande alteración y pena a la Señoría...⁶⁴

Y es el mismo Moctezuma quien ordena que en el curso de una de esas batallas entre "enemigos de casa" (como designa-

* Además de Tenochtitlan, existían en el Altiplano varias ciudades en las cuales Texcoco figuraba en primer lugar.

⁶³ *Ibid.*, t. II, pp. 214-215.

⁶⁴ *Ibid.*, t. II, pp. 322-323.

ban a los tlaxcaltecas) se mate a su hermano, el príncipe heredero de México:

Según común opinión, por concierto y pacto secreto que el rey Moctezuma tuvo con los de Atlixco, por excusar alteraciones y persona que se le anteponia, hizo que su hermano fuese muerto y vencido en esta batalla en donde murió con él otro de los señores mexicanos llamado Tzicquaquatzin y dos mil ochocientos soldados que iban en su defensa.⁶⁵

No debió de ser siempre fácil guardar el equilibrio en una convención tan delicada, porque es probable que, de haber sido conocida por los tlaxcaltecas, la vida de sus jefes hubiera peligrado. Por eso, cuando los mensajeros aztecas llegaban a Tlaxcala a invitar a los gobernantes de esta ciudad “enemiga” a una fiesta, cumplían esta difícil misión disfrazados y manteniendo el más grande secreto. Únicamente las mujeres de los señores de alto rango podían aproximarse a los emisarios y eran estas nobles damas las que les servían la comida y preparaban el lecho. Toda indiscreción a propósito de estas visitas era castigada con la pena de muerte. Muñoz Camargo, el cronista de Tlaxcala, nos dice que “los señores mexicanos enviaban a los de Tlaxcala grandes presentes y dádivas de oro, de cacao, de vestidos, de sal y de todas las cosas de que carecían sin que la gente plebeya lo entendiese, y se saludaban secretamente”.

Y vemos que, en cierta ceremonia, los señores de Tlaxcala fueron tratados por el rey de Tenochtitlan con más consideración que cualquier otro jefe de los países del Imperio. La conmovedora historia de Tlalhuicole, héroe de Tlaxcala, nos permite imaginar los innumerables aspectos que relaciones tan inhumanas debían implicar.

General invencible del ejército tlaxcalteca, Tlalhuicole fue capturado un día por los mexicanos. El respeto y la admiración que rodeaban a este hombre de guerra eran tales, que Moctezuma quiso tomarlo a su servicio. Como el tlaxcalteca se negara a servir a los enemigos de su patria, el rey le ofreció entonces la posibilidad de regresar entre los suyos. Tlalhuicole rechaza la libertad y reclama el sacrificio sobre la piedra de los gladiadores reservado a los más valientes. Se nos cuenta que antes de morir, atado a la piedra y sólo con un bastón emplumado, puso fuera de combate a ocho guerreros debidamente armados. ¿Sabía este hombre intrépido que los reyes de su patria asistían a su último combate disfrazados de mexicanos y ocultos en un palco disimulado por flores? ¿Sabía que después de las ceremonias excepcionalmente solemnes que tuvieron lugar en su honor, comerían

⁶⁵ *Ibid.*, t. II, p. 207.

cordialmente con el emperador de Tenochtitlan y retornarían a Tlaxcala cubiertos de presentes? ¿Hubiera podido desplegar tanto heroísmo, de haberlo sabido? ¿O sería, más bien, precisamente para poner fin a un estado de cosas que juzgaba infamante por lo que se rebeló contra la autoridad de sus jefes y se lanzó a una lucha encarnizada contra los aztecas? Esta hipótesis, más verosímil que la precedente, explicaría a la vez la actitud de Moctezuma invitándolo a entrar a su servicio y la negativa de Tlalhuicole de retornar a su patria donde hubiera sido condenado por insurrección.

Parece evidente que los aztecas no actuaban más que con un fin político. Tomar en serio sus explicaciones religiosas de la guerra es caer en la trampa de una grosera propaganda de Estado. La mentira de sus fórmulas se hace además visible con la ayuda de una observación de simple buen sentido: no se ve jamás a los señores aztecas impacientarse por alcanzar la gloria solar en nombre de la cual mataban a la humanidad pues su encarnizamiento por vivir no era menor que su afán de poder. Si hubieran creído auténticamente que la única finalidad de la existencia era hacer don de su vida, el sacrificio no hubiera quedado limitado a seres juzgados inferiores —esclavos y prisioneros— sino que hubiera sido exclusivo de la *élite*. En realidad, todo lleva a hacer creer que los señores aztecas, criados en la doctrina de Quetzalcoatl que indicaba al hombre el perfeccionamiento interior como meta suprema, no podían considerar el asesinato ritual más que como una necesidad política.

Esto hace que dos corrientes de pensamiento contrarias co-existan en el seno de esta sociedad: de un lado, un misticismo degradado para sostener un ambicioso plan de conquista; del otro, la doctrina de Quetzalcóatl como única base moral. Una contradicción tan profunda debía necesariamente producir graves conflictos, y veremos que su papel fue, en efecto, decisivo. Una de sus primeras manifestaciones se produce hacia la mitad del siglo XV, en la persona de Nezahualcóyotl, rey de Texcoco, que en nombre de un dios creador invisible comienza súbitamente a dudar de la eficacia de los sacrificios humanos.

11) INTERPRETACIÓN DE LA FUNDACIÓN DE TENOCHTITLAN

Ignacio Bernal ⁶⁶

En su libro Tenochtitlan en una isla estudia Ignacio Bernal la fundación de la que llegaría a ser gran metrópoli de los aztecas. En ese hecho encuentra uno de los momentos centrales que ayudan a comprender el modo de ser de este pueblo. Los mitos y la historia, tan difícilmente separables en los relatos indígenas sobre el establecimiento de Tenochtitlan, pueden ser precisamente una clave para ahondar en la significación que los seguidores de Huitzilopochtli habrían de atribuirse a sí mismos.

La vida casi acuática de esta gente en estos momentos permite a los sacerdotes del dios dar su dictado supremo, el más hábil de cuantos habían pronunciado: la fundación de Tenochtitlan sobre una isla. Insignificante al principio, este acontecimiento debía tener las más grandes repercusiones sobre el futuro de México.

La crónica Mexicáyotl en forma poética narra este episodio. Nos cuenta que estando desterrados y sin sitio en el que colocar el templo de su dios, Huitzilopochtli se les aparece de nuevo y les ordena que sigan buscando hasta encontrar el lugar preciso que, desde el principio de los tiempos, él tiene señalado para la fundación de la capital mexicana. Dentro del carrizal, se erguiría y lo guardaría él, Huitzilopochtli, y ordenó a los mexicanos. Inmediatamente vieron el ahuehuete, el sauce blanco que se alza allí y la caña y el junco blanco y la rana y el pez blanco y la culebra blanca del agua, y luego vieron había una cueva. En cuanto vieron esto lloraron los ancianos y dijeron: “de manera que aquí es donde será, puesto que vimos lo que nos dijo y ordenó Huitzilopochtli, el sacerdote.” “Luego volvió a decir Huitzilopochtli: oid que hay algo más que no habéis visto todavía y idos incontinenti a ver el Tenoch en el que veréis se posa alegremente el águila, la cual pone y se asolea allí por lo cual os satisfaceréis, ya que es donde germinó el corazón de Copil. Con

⁶⁶ Ignacio Bernal, *Tenochtitlan en una isla*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1959, pp. 108-112.

nuestra flecha y escudo nos veremos, con quienes nos rodean a todos los que conquistaremos, apresaremos, pues ahí estará nuestro poblado México el lugar en que grita el águila, se despliega y come, el lugar en que nada el pez, el lugar en que es desgarrada la serpiente y acaecerán muchas cosas. Y llegados al sitio vieron cuando erguida el águila sobre el nopal como alegremente desgarrando las cosas al comer y así que el águila les vio agachó muy mucho la cabeza, aunque tan solo de lejos la vieron y su nido todo él de muy variadas plumas preciosas, y vieron, así mismo, esparcidas allí las cabezas de muy variados pájaros. E inmediatamente lloraron por esto los habitantes y dijeron: Merecimos, alcanzamos nuestro deseo, puesto que hemos visto y nos hemos maravillado de donde estará nuestra población. Vámonos y reposemos.” “Asentaron luego el Tlachzuitetelli y su Tlalmomoztli. Así pues, paupérrima y misérrimamente hicieron la casa de Huitzilopochtli; cuando erigieron el llamado oratorio era todavía pequeño, pues estando en tierra ajena cuando se vinieron a establecer entre los tulares y los carrizales de donde habían de tomar piedra o madera, puesto que eran tierras de los tepanecas así como de los tezcocanos encontrándose en el lindero de los Culhuacanos por todo lo cual sufrían muchísimo. Todo esto en el año «dos-casa» (1325) de que naciera Jesucristo, nuestro Salvador, fue cuando entraron, llegaron y se asentaron dentro del tular y el carrizal, dentro del agua en Tenochtitlan los ancianos mexicanos aztecas.”

La fundación de Tenochtitlan resulta no sólo el episodio más característico de toda la historia azteca sino el que mejor nos revela su modo de ser, esa combinación de inteligencia práctica y habilidad política mezclada al fanatismo y al desdén del sufrimiento.

Así es interesante hacer notar, en primer lugar, la selección aparentemente absurda, en realidad extraordinaria, que los sacerdotes hicieron del sitio en que habían de fundar su ciudad. Un pequeño islote, casi un pantano del que sólo sobresalían unas rocas, rodeado de cañaverales, en el lago de Texcoco. Sitio tan poco atractivo, que ninguno de los innumerables habitantes anteriores lo habían ocupado. Los brillantes directores aztecas deben de haber comprendido el valor estratégico y político que representaba este sitio. Tratándose de una isla la defensa era muy fácil, ya que sólo podía atacarse por agua; pero además estaba colocada en los confines de tres reinos por lo que en realidad, siendo de los tres, no era de ninguno. Daba a los nuevos pobladores una posición de relativa independencia y les permitía apoyarse en cualquiera de sus vecinos, en contra de los otros.

En el transcurso del siglo siguiente habían de aprovechar a fondo esta ventajosa posición y los vamos a ver, como mercenarios de Azcapotzalco atacar a los demás, luego aliarse con Tex-



coco para vencer a los tepanecas y así sucesivamente, hasta colarse por encima de todos, conservando siempre su ciudad libre de ataques enemigos. Desgraciadamente no nos es posible saber hasta qué punto los jefes-sacerdotes que hablan a través de la boca del dios, se dan cuenta de todas estas ventajas; pero es evidente, a través de toda la historia de la peregrinación que, aunque sea confusamente, buscaban un sitio similar, una “tierra prometida” y que estaban decididos, por todos los medios, a llevar a su pueblo a la hegemonía de los valles.

Con el tiempo, la isla había de presentar otra gran ventaja; ésta de tipo comercial. El sistema de transporte que prevalecía en el México antiguo era tan primitivo que solamente el *hombre* podía utilizarse como animal de carga. Como la rueda no pasó de ser un juguete, no había vehículo alguno de tracción. En estas condiciones, el transporte de mercancías, sobre todo cuando se trata de alimentar una ciudad grande, se convertía en un problema prácticamente insoluble. En cambio una sola canoa, con poco esfuerzo, podía hacer el trabajo de muchos hombres durante varios días. Este factor constituye seguramente una de las causas del desarrollo extraordinario que pronto había de alcanzar Tenochtitlan. Otra vez el lago parece dictar los destinos mexicanos.

La otra de sus armas era la austeridad y el fanatismo. No permitiendo durante siglos que la población se quedara nunca permanentemente en parte alguna, obligándola continuamente a moverse, impedían así la acumulación de riquezas, el aprovechamiento de tierras cultivadas, o la formación de costumbres de ocio y de lujo. Los hombres aztecas estaban eternamente preparados para la guerra o para el sacrificio, justamente porque tenían tan poco que perder, porque su vida estaba lejos de ser agradable. La pobreza misma del sitio escogido los obligaba a tratar continuamente de arrebatarse a sus vecinos más ricos todas las cosas que ellos no tenían y —si no podían hacerlo por la fuerza— a trabajar sin descanso para obtenerlas por comercio; así vemos, por ejemplo, que a poco de fundada su ciudad se dedican a reunir una gran cantidad de peces, camarones, anfibios y otros productos de la laguna para permutarlos por madera o piedra para construir el templo de su dios, aun antes que sus propias casas. Trabajo, austeridad, fanatismo.

Ya es tiempo de preguntarnos ¿quién es ese Huitzilopochtli que a través de siglos guía a su pueblo convirtiéndolo en un “pueblo elegido”? En las crónicas siempre aparece como el dios supremo cuya voz es escuchada con temor y reverencia por los sacerdotes. Evidentemente se trata de un pequeño, muy pequeño grupo —tal vez no más de cuatro personas— de sacerdotes-directores que usando del artificio de la voz divina guían a su pueblo y forman el destino de los mexicas. Lo interesante del caso es que



desde el principio de su historia se obtiene la impresión muy clara de un verdadero programa preestablecido, programa que se desarrollará a través de siglos; de una concepción de gobierno brutal pero genial que, seguida al pie de la letra por esta pequeña, indomable élite, llevará a su pueblo a través de miles de peligros, privaciones y sacrificios, hasta obtener el triunfo final, el imperio. El pueblo es empujado sin consideración a su cansancio o a su hambre, con todo y las mujeres y los hijos que se mueren, contra todo, hacia el destino que esta élite le ha prometido. Claro que es imposible pensar en que los mismos dirigentes pudieran haber establecido y seguido este plan, casi diabólico, a través de tanto tiempo. Pero los primeros formaron el “tipo” que fue seguido por sus descendientes hasta el fin. Huitzilopochtli habla sin descanso, en todas las ocasiones importantes, como el más cruel pero también como el más hábil de los políticos. Nunca se cansa, nunca se detiene, nada le basta. Durante quince generaciones su voz temible abrumba al pueblo de trágicos consejos de violencia sin un minuto de reposo.



12) LA CULTURA DE LOS MEXICAS DURANTE LA MIGRACIÓN

Carlos Martínez Marín ⁶⁷

El problema de precisar cuáles eran los rasgos e instituciones culturales de los aztecas a lo largo de su peregrinación, tiene sin duda fundamental importancia en cualquier intento por comprender la significación histórica que llegó a alcanzar este grupo en Mesoamérica. ¿Eran las formas de vida de los seguidores de Huitzilopochtli, antes de que llegaran a la región de Tula, esencialmente parecidas a las de las hordas de nómadas, conocidas como chichimecas? ¿O por el contrario, ya desde tiempos considerablemente antiguos, participaban de algún modo los aztecas en las formas de cultura propias de los pueblos sedentarios mesoamericanos?

El autor del presente trabajo, al plantearse este problema, atiende, con base en el testimonio de las fuentes indígenas, a una serie de elementos culturales que, a su juicio, son atribuibles al grupo mexica durante las distintas etapas de su migración hasta establecerse en el Valle de México. En conclusión sostiene Martínez Marín que los mexicas eran un grupo con cultura mesoamericana desde el momento en que iniciaron su peregrinación.

Son los mexicas —o aztecas— uno de los grupos más conocidos históricamente de Mesoamérica por razones que sobra mencionar. Sin embargo, quedan todavía muchos pasajes de su vida oscuros y mal estudiados. De su historia desde la fundación de Tenochtitlan hasta la conquista española se sabe bastante, pero no así respecto de la época en la que eran un grupo migratorio, casi desconocido. Y de esta época, desde su salida de Aztlán hasta la fundación de su capital, hay momentos en que aquella oscuridad se acentúa.

Casi nada se sabe del tiempo que transcurrió durante el trayecto de Aztlán a Tula; bastante bien se conoce lo que sucedió entre este lugar y Chapultepec y la confusión se presenta nuevamente entre Chapultepec y la fundación de Tenochtitlan.

⁶⁷ Carlos Martínez Marín. "La cultura de los mexicas durante la migración. Nuevas Ideas", *Actas y Memorias del XXXV Congreso Internacional de Americanistas*, 3 vols., México, 1964, t. II, pp. 113-120.

Implícito en el mayor o menor conocimiento de estas épocas está el estatuto cultural que tenían entonces y sobre el crédito que nos merecen las noticias respectivas inscritas en las fuentes históricas, que son abundantes y coincidentes en la mayoría de los casos y que por razones que aquí vamos a revisar han sido puestas en duda hasta fechas recientes, teniéndose como resultado inmediato la identificación cultural que a este grupo se ha dado y que no corresponde a lo que afirman los registros históricos. En este trabajo nos proponemos, después de una breve revisión de las opiniones y argumentos que han informado a los autores para la identificación aludida, revisar brevemente la información cultural que nos ofrecen las fuentes, para reorientar los conceptos, apoyándonos en nuestros argumentos y en los que Paul Kirchhoff ofrece en sus recientes trabajos, con objeto de proponer la modificación de los conceptos hasta ahora vigentes.

Pasemos primeramente a la exposición de las tesis que hasta ahora se han asentado respecto de este problema.

Originalmente, tanto en la época inmediata a la Conquista, como en el resto del siglo XVI y durante el XVII, todas las informaciones respecto de la migración mexicana fueron tomadas por historiadores y cronistas como totalmente verdaderas; el único problema consistía en la dificultad para identificar Aztlán y para comprender bien las informaciones. Los intentos por interpretarlas correctamente contribuyeron en no poca medida a crear mayores problemas y confusiones. En el siglo XVIII, historiadores como Veytia y Clavijero seguían tomando como verdaderas todas las informaciones, sólo que reconocían la necesidad de enjuiciarlas críticamente para eliminar lo que de fantástico o fabuloso encontraban en ellas. Durante el siglo XIX, con J. F. Ramírez, Manuel Orozco y Berra y Alfredo Chavero, quienes se ocuparon ampliamente de este asunto, se estableció una orientación científica saludable. Dando crédito amplio a lo que, las fuentes decían, sólo se proponían conciliar la diversidad de las informaciones y sus discrepancias, y, como lo afirma Orozco y Berra, el problema consistía no tanto en “la dificultad (de) reunir los materiales, cuanto en entenderlos y coordinarlos” y así produjeron magníficos trabajos en los que trataron de reconstruir el pasado mexicano anterior a la fundación de Tenochtitlan.

En el siglo presente, cambió totalmente esa orientación, iniciándose con Selser las tesis de que de todo lo que de esa época se sabía, desde tiempos prehispánicos, mucho era mitología. Así, todavía en épocas recientes, se ha sostenido que la información respectiva “es simplemente una proyección del lugar de residencia histórico... a una región lejana y a un pasado nebuloso...”, establecida por necesidades de prestigio y que “lo que cuentan las leyendas sobre Aztlán corresponde exactamente a la situa-

ción en que se hallaban (los mexicas)... cuando habitaban... Tenochtitlan” (Krickeberg); que los datos sobre su origen “son semihistóricos y semilegendarios” (Bernal) y que en el origen de los mexicas los “conocimientos pueden considerarse como mitos, después formalizados, sin significación histórica” (Vaillant).

Por otra parte, por lo que respecta al estatuto cultural que tenían los mexicas antes de la Fundación, se ha sostenido que siendo “los bárbaros de Aztlán” habían compartido hasta antes de su instalación en el Valle de México “el género de vida de los bárbaros” y que hasta entonces eran “verdaderos nómadas cazadores y recolectores como... los indios del Norte de México” (Soustelle). Se ha dicho también que “cuando ya florecía en el Valle... la gran cultura náhuatl... todavía los aztecas... continuaban su vida de nómadas en las llanuras del Norte” y que las pinturas y crónicas nos proporcionan “un cuadro en el que aparecen... como gente desprovista de cultura y despreciada por todos” (M. León-Portilla). Además, que “la descripción en este nivel cultural nos recuerda a los nómadas del Norte de Mesoamérica” (Bernal).

Esta forma de interpretar los materiales, llegando a conclusiones como las apuntadas, es producto de múltiples problemas que en la investigación de este tema se han confrontado y entre algunos tenemos las ideas que tradicionalmente se han aceptado acerca de la identificación geográfica de Aztlán, pues siempre se había tenido por cierto, excepto para el señor Orozco y Berra, que era un lugar fuera de Mesoamérica, al Norte, algunas veces situado tan lejos como Nuevo México, Casas Grandes o Zacatecas por lo que así, la conclusión sobre la cultura de los mexicas saltaba de inmediato, pues obviamente éstos debían ser como el resto de los indígenas de aquellas áreas, nómadas, aunque al concluir así, se suprimiera automáticamente el resto de las informaciones sobre las que no se puede sostener esa afirmación.

No solamente este problema hacía posible que la información cultural fuera deshechada por incongruente y no tomada en cuenta, cuando menos para las primeras fases de la migración, sino que más argumentos se encuentran en las fuentes sobre acontecimientos acaecidos durante los tiempos prehispánicos que ponen en tela de duda las demás noticias.

Primeramente, los varios nombres que a sí mismos se daban los mexicas de chichimecas, es decir, nómadas, no sin orgullo. En segundo lugar, un pasaje que relata los acontecimientos que sucedieron durante el gobierno de Moctezuma el Viejo, cuando al querer hacer partícipes de su prosperidad a los descendientes de sus antepasados que habían quedado en la patria original, mandó que los *tlamatimime* reconstruyeran la ruta para dar con el lugar de partida, y enviar allá presentes. Los sabios sólo pudieron reconstruir la ruta hasta las inmediaciones de Tula y el

resto del itinerario hacia atrás lo localizaron por medio de artes mágicas. Es por esto, más que por otra cosa, por lo que se ha calificado la información sobre la migración de mítica e irreal.

Peró todavía hay otro argumento de peso en contra. Es aquel que tuvo lugar al triunfo de los mexicas sobre los tepanecas, cuando Itzcóatl mandó quemar los libros *xiuhámatl* o de historia para que se hicieran otros, libres de datos en los que el grupo aparecía como desconocido, como vasallo y sin fama, para que no fueran perjudiciales a la gente que se enterara de ese pasado sin gloria. Entonces, si el pasado fue modificado, hay razón para poner en duda toda la información de la historia mexicana anterior a la fundación de la Triple Alianza.

Vistos los problemas que han originado la tesis de lo mítico y del estatuto cultural de chichimecas del Norte de México, pasemos a revisar, sucintamente, la información cultural sobre aquella época, acerca de los mexicas.

Ciclo económico

La producción de alimentos dependía de cuatro formas de obtenerlos: la pesca, la caza, la recolección y el cultivo.

En Aztlán pescaban, cazaban y recolectaban especies lacustres. Desde su salida tuvieron que depender más de la cacería de conejos, liebres, venados, pájaros, culebras y otros animales. Entonces también recolectaron plantas silvestres, principalmente una especie de berro al que eran muy afectos.

Cuando arribaban a lugares fértiles en donde paraban algún tiempo, sembraban, de riego y de temporal, principalmente maíz y además frijol, chile, jitomate, miltomate y calabaza; y también bledos y chífa.

Tecnología

Técnicamente es en lo que más sorprendentes datos encontramos: desde Aztlán construían “camellones”, es decir terraplenes para el cultivo. Empleaban sistemas de riego. En las zonas lacustres construyeron chinampas. Supieron hacer obras hidráulicas como la presa construida en Coatepec y allí, una vez logrado el embalse, aclimataron plantas y animales lacustres para poder vivir; y tan buenos resultados lograron, que hasta hubo intentos de no seguir adelante, de acuerdo con las órdenes de los sacerdotes conductores de la migración.

Construyeron templos en todos los sitios a que llegaron y aun desde Aztlán, con anexos como el *tzompantli* y el sacrificadero. Construyeron juegos de pelota y albarradas para la defensa, con murallas concéntricas “hasta de un estado de alto”, con patios interiores. Muchas de sus construcciones eran de piedra labrada. Y también construyeron temazcales.

Cultura material

Como armas usaban originalmente el *átlatl*, que después sustituyeron por el arco y las flechas cuando se internaron en territorios de cacería. Usaban además, para la defensa, la rodela o *chimalli*.

Para el transporte en los sitios lacustres empleaban la canoa y las andas para conducir los arreos y a su dios.

Vestían braguero, sayas de fibras tejidas y de cuero y sandalias de los mismos materiales. Usaban orejeras, brea y pintura facial, insignias, banderas y adornos de papel.

Organización social

Migraban conducidos por cuatro *teomama* —sacerdotes que cargaban al dios—, que eran quienes ordenaban lo que se tenía que hacer. Aparecen como un grupo organizado en *calpulis*; de éstos eran en número de siete cuando salieron de Aztlán, cada uno con su dios particular predominando como el principal Huitzilopochtli, el dios del *calpulli* de los *huitznahuaque*. Los nombres de los *calpulis* son reveladores: *huitznahuaque* quiere decir surianos; el de Yopico era el de los yopis, que andando el tiempo los conocemos como pobladores de la costa de Guerrero, adoradores de Xippe; *tlacochcalca*, *tlacateopaneca*, *izquiteca* y *cihuatapaneca*, todos son nombres de grupos conocidos en la historia mesoamericana que jugaron en ella papeles más o menos importantes. El de los *chalmeca* es un grupo cuyo nombre fue el de un grupo olmeca y se menciona como dios de uno de los *calpulis* a Cintéotl, una de las deidades del maíz.

Los *calpulis* aumentaron en número a medida que transcurrió el tiempo y cuando se asentaron en Coatepec habían llegado a quince.

Tenían división social del trabajo: los hombres adultos y los jóvenes cazaban, pescaban, cultivaban y cosechaban, mientras que las mujeres hacían labores complementarias y cargaban la impedimenta. Se menciona a una mujer como uno de los cuatro conductores del grupo. Finalmente, a los viejos y a los enfermos los dejaban en el camino provistos y protegidos cuando ya no podían caminar.

El dios principal, numen titular era Huitzilopochtli, en su nombre se hacía y ordenaba todo lo conducente. Lo representaban formalmente por medio de esculturas de piedra o de caña de maíz. Era el dios de los *huitznahuaque*, los surianos, y se le denominaba también Huitzilopochtli-Quetzalcóatl-Tlaloteuctli. Llevaba un nombre calendárico de Ome Ácatl, como Ce Ácatl el

identificado con Quetzalcóatl, y en su indumentaria portaba moños de papel azul goteados de hule derretido, lo que lo puede identificar como un *tlaloque*.

Se mencionan además otros dioses tutelares del resto de los *calpulis* tales como Xochiquétzal, Tezcatlipoca y Mictlantecuhtli y aunque no se menciona a Xippe, hacían el sacrificio típico de su ritual, el *tlacaxipehualiztli* y, como ya vimos, el *calpulli* Yopico debió ser de la gente tutelada por ese dios. En Coatepec aparecen Coatlicue y la Coyolxauhqui y ya antes la Malinalxóchitl. Indudablemente el culto solar, enlazado al conocimiento del calendario, no les era extraño.

Adoraban los ídolos de sus dioses, les erigían templos, hacían ofrendas y sacrificios en su honor y regía la vida de los migrantes la voluntad divina a través de los sacerdotes que interpretaban los designios divinos, que conocían por las teofanías de Huitzilopochtli. Incineraban a sus muertos.

Otros rasgos culturales

Computaban el tiempo y lo dividían ya en ciclo de 52 años; es decir, poseían el calendario mesoamericano. Al finalizar cada ciclo celebraban la atadura de años —*xiuhmolpilli*— con la fiesta del Fuego Nuevo y habían celebrado cinco antes de la fundación de Tenochtitlan.

Conservaban leyendas y tradiciones y preservaron muchos datos de su historia de esta época.

Las festividades las acompañaban de cantos y danzas y celebraban el evento ritual del juego de pelota.

Hablaban el náhuatl desde siempre e impusieron toponímicos en esta lengua a los sitios en los que estuvieron.

Aunque dentro de este cuadro de descripción cultural encontramos algunos rasgos no mesoamericanos, éstos son unos cuantos y destacan solamente: que se llamaran a sí mismos chichimecas auténticos —*teochichimecas*— disputando este título a otros que en verdad lo fueron, que hayan conocido, según una tradición, la manera de producir el fuego ya durante la migración, y que procuraran que los varones solteros se casaran con mujeres toltecas —puntualmente colhuas— para hacerse de un linaje prestigioso.

La cultura anteriormente descrita es la que proporcionan las fuentes, expuesta en forma objetiva. Para valorar debe compararse en cada uno de los rasgos, con los descritos para la cultura mesoamericana, pero además, como los mexicas han sido identificados culturalmente con los chichimecas nómadas, es conveniente desde el punto de vista metodológico comparar su cultura descrita con la de otros grupos de cultura no mesoamericana. Nada mejor para esto que tomar a un grupo que en la misma época que los mexicas irrumpió dentro de los valles centrales del Altiplano.

no: los chichimecas de Xólotl. De este grupo, aparte la contemporaneidad, tenemos abundantes informaciones sobre su cultura cuando llegaron al Valle de México, con prolijidad de detalles y con un orden cronológico admirable, sin confusiones y que además nos muestra el largo periodo de su aculturación mesoamericana.

De este grupo podemos decir, en términos generales, que erraban tras los alimentos que la naturaleza les proporcionaba, sólo cazando y recolectando, sin haber llegado al cultivo sino mucho tiempo después de establecidos en Mesoamérica. No construían edificios, sino que vivían en cuevas, vestían las pieles de las presas de caza. Tenían una organización social poco coherente, de bandas dispersas, propia para el traslado y cacería; la familia monógama era su unidad nuclear, sin que se mencionen ni *calpulis* ni otras unidades organizativas. Tenían una religión muy simple, de dos deidades representativas del sol y de la tierra, sin representación formal, sin sacerdocio, sin ofrendas, ni ritual formalizado, sin tradiciones cosmogónicas o teogónicas, sin cómputo del tiempo y sin historia propia.

La sola comparación entre las dos culturas descritas, a más de la propuesta con los rasgos mesoamericanos, aunque sea sólo a grandes trazos, sin menoscabo de la posibilidad de más comparaciones con otros grupos migrantes de aquellas épocas, bastaría para modificar los conceptos ya revisados y concluir, llana y sencillamente, que la cultura de los mexicas durante la migración ya era mesoamericana, si no fuera por los argumentos ya expuestos que contradicen eso o cuando menos que lo hacen inverosímil.

Necesitamos entonces, para realmente modificar el criterio generalizado, explicar debidamente las dudas historiográficas que ya mencionamos: el que a sí mismos se llamaran chichimecas, que hayan inventado la ruta entre Colhuacán y Tula, que hayan modificado la historia de acuerdo con sus conveniencias; además, la existencia de dos versiones distintas de la migración y la identificación geográfica de Aztlán. Intentémoslo.

Uno de los nombres que se dieron siempre los mexicas, chichimecas, aludía indudablemente no a su cultura, sino a la extensión que este nombre tuvo en la misma época prehispánica, de guerreros y de emigrantes, de acuerdo con la situación que adquirieron al iniciar la migración.

No pudieron reconstruir en sentido inverso la ruta de la migración más allá de Tula, porque para los sacerdotes comisionados era ya imposible localizar los sitios por donde habían pasado, debido a que para la época de Moctezuma, cuando intentaron la búsqueda de ese lugar de origen, la zona que habían atravesado había ya caído en poder de los nómadas del Norte, después de la destrucción del llamado Imperio tolteca. Es pro-

bable que por razones de prestigio la hayan inventado, pero esto no quiere decir que entonces hayan inventado también las informaciones acerca del nivel cultural que tenían durante la migración.

La duda historiográfica mayor que confrontamos es la consecuencia del hecho de que hayan destruido su historia anterior a la formación de la Triple Alianza y que la hayan sustituido por otra más conveniente a sus intereses de entonces. Al respecto sólo podemos inferir la eliminación de algunas informaciones sobre acontecimientos históricos concretos, pero nunca una sustitución total que los hubiera colocado ante la necesidad de inventar nuevamente todo su pasado, pues de haber sido así, lo más probable es que se hubieran presentado en los nuevos libros como un grupo ya completamente civilizado o cuando menos totalmente aculturado, cosa que no sucede, ya que después de esa reelaboración histórica todavía aparecen como un grupo pobre, desconocido y sojuzgado, sin organización estatal y con un nivel inferior al que adquirieron andando el tiempo.

Punto principal del problema es la localización de su lugar de partida. Hemos mencionado la idea que se tenía de que eran un grupo nómada de más allá de Mesoamérica y esto se ha debido a que siempre se tuvo por casi seguro que Aztlán era un sitio en tierras lejanas fuera de Mesoamérica.

Recientemente Paul Kirchhoff ha propuesto para la localización de Aztlán la orilla de una laguna, la de Yuriria en el sur del estado de Guanajuato, considerando que Aztlán era uno de los lugares de Chicomóztoc, cuyo principal centro, Culhuacán —el antiguo—, estaría identificado con el sitio ya propuesto por Orozco y Berra, el cerro de Culiacán, en las inmediaciones. Paul Kirchhoff, en su trabajo, de reciente publicación, ha reconstruido la extensión del Imperio tolteca y una de las cinco provincias que lo componían era Chicomóztoc, la más alejada hacia el occidente en donde se encontraba Aztlán, de donde el lugar resulta tolteca, dentro de Mesoamérica.

Además, para explicar la incongruencia que representa la existencia de dos versiones indígenas de la migración, distintas en la primera parte del recorrido y que ya Orozco y Berra había tratado de conciliar sin éxito, Kirchhoff nos dice en ese mismo trabajo, que fueron dos grupos principales los que formaron la migración, correspondiendo a cada uno de ellos una de las versiones y que eran el de los *mexitin-mexica* procedentes de Tonallan y Pátzcuaro y que al pasar por Aztlán arrastró al segundo grupo, el de los *atlachichimeca*, liberándolos de los aztecas chicomoztoques que los tenían sojuzgados, para de allí en adelante migrar juntos por la ruta conocida.

Si Aztlán estaba comprendido dentro del Imperio de Tula y por tanto dentro de Mesoamérica, como resulta del trabajo de

Kirchhoff, y si las dos versiones distintas de la migración ahora se pueden conjuntar y explicar. Si, además, como afirmamos en este trabajo, sabemos que los mexicas se llamaban chichimecas por ser emigrantes, guerreros y cazadores de la laguna, y si aceptamos que la información cultural de las fuentes no es un invento y además que Mesoamérica, para la época de la migración, comprendía también el Bajío como ahora parecen demostrarlo multitud de nuevas evidencias, entonces resulta asequible pensar que los mexicas era un grupo mesoamericano desde que inició su recorrido y tenemos que abandonar la idea de que era un grupo de cultura idéntica a la de los nómadas del Norte de México o a la de los chichimecas de Xólotl.

Si lo que parecía mítico y fabuloso ahora parece cobrar realidad y vemos que las fuentes dicen la verdad en todos sus informes y la única dificultad consiste en entenderlos debidamente como afirmaba Orozco y Berra, podemos sacar algunas conclusiones pertinentes acerca de la cultura de los mexicas durante la migración.

1) Los mexicas eran un grupo con cultura mesoamericana desde el tiempo en que iniciaron la migración.

2) Por su corto número, por su pobreza y por constituir un grupo marginal de la provincia tolteca más alejada de la metrópoli, en vecindad con los chichimecas del Norte de Mesoamérica, se encontraban en un estado menos evolucionado que los grupos que vivían entonces en el área nuclear mesoamericana.

3) Es indudable que a través del relato de la migración, se aprecian los rasgos culturales descritos funcionando, y se puede apreciar en esta función la continuidad del cambio cultural, a medida que los mexicas penetraron hacia el centro de México y que iban tomando contacto con grupos más cercanos a la metrópoli del Imperio a que pertenecían.

4) Solamente pensando que en el siglo XIII eran ya un grupo mesoamericano, podemos entender la capacidad que tuvieron los mexicas, para colocarse en un siglo más, como uno de los grupos más importantes del Altiplano de Mesoamérica.

5) Que teniendo por cierto lo que dicen las fuentes de su cultura, es ya posible pensar sin extrañeza por qué fue el grupo mexica el heredero cultural de los toltecas, el más importante en los últimos cien años de la historia prehispánica y el más trascendental en la historia posterior de México.

13) LOS ROSTROS DE UNA CULTURA

Miguel León-Portilla ⁶⁸

La idea de que durante el periodo azteca subsistieron actitudes y formas de pensamiento distintas es el tema de este capítulo del libro Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares de Miguel León-Portilla. A su juicio, paralelamente con el pensamiento místico guerrero del Pueblo del sol, se manifestó también la actitud de los tlamatinime o sabios, herederos de las doctrinas atribuidas a Quetzalcóatl, que, por cuenta propia, se plantearon diversas cuestiones de profundo contenido espiritual.

La coexistencia de éstas, que parecen haber sido dos posturas distintas, deja entrever, en opinión del autor, algo de lo que probablemente fue el hondo sentido dinámico de la cultura durante el periodo azteca.

Valiéndonos de la expresión náhuatl que designa al hombre como “dueño de un rostro y de un corazón”, podría decirse que la suprema creación de los seres humanos, su cultura, posee asimismo rostro y corazón propios. A través de los milenios del México antiguo, es como se fue formando el rostro y el corazón de la cultura que floreció en Anáhuac, caracterizados por el mundo de sus mitos y cosmogonías, por su pensamiento religioso, su arte y educación, su concepción de la historia y por todas sus formas de organización social y política.

Transformándose con el paso del tiempo, el rostro y corazón del México antiguo, hubo un momento de su evolución en el que sin perder nunca su fisonomía propia, surgen matices y rasgos diversos. Se perfila entonces dentro de la misma cultura una cierta diversidad de rostros y corazones, o sea de tendencias y actitudes. En el mundo náhuatl aconteció esto al menos desde la segunda mitad del siglo XV. Como se ha visto a lo largo de este libro, fueron Tlacaélel, el gran reformador azteca, y Nezahualcóyotl, el sabio rey texcocano, quienes pueden simbolizar la aparición de los rostros distintos dentro de la misma cultura.

⁶⁸ Miguel León-Portilla, *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961, pp. 179-184.

Dos figuras extraordinarias, Tlacaélel y Nezahualcóyotl, aliados para vencer a sus antiguos dominadores los tepanecas de Azcapotzalco, al obtener la victoria, dieron principio a dos formas de vida distintas. Ambos conocían el antiguo legado cultural. Pero mientras Nezahualcóyotl simboliza la actitud de quienes desean continuar, o tal vez hacer resurgir, la tradición espiritualista de los toltecas, Tlacaélel inicia una reforma de resonancias exteriores mucho más amplias y trascendentales. La prueba tangible de su éxito la ofrecen, por una parte, la grandeza de México-Tenochtitlan y de sus incontables victorias y, por otra, el juicio y descripción que acerca de los aztecas han consignado la mayoría de los historiadores, no ya sólo indígenas y coloniales, sino también modernos. Al referirse al México antiguo, son los aztecas, el Pueblo del Sol, con sus guerras floridas, sus sacrificios humanos, su grandeza militar y política, la figura central, casi pudiera decirse lo único que en realidad cuenta. Y sin embargo, como lo afirman numerosos testimonios, al lado de esa actitud azteca, existió también la otra posición fundamentalmente espiritualista representada por figuras como Nezahualcóyotl y Nezahualpilli, Tecayehuatzin, de Huexotzinco, Ayocuan, de Tecamachalco, y otros muchos señores y sabios, los célebres *tlamatinime*.

Por encontrar en el rostro y corazón de los partidarios de esta segunda actitud una mayor resonancia con nuestro pensamiento, hemos subrayado tal vez con demasiada insistencia y siguiendo un impulso más o menos consciente, el valor y la importancia de los “pensadores de la flor y el canto”. Tanto que a más de uno podrá parecer que este estudio resta importancia al impulso y la obra de las *águilas* y *tigres* del Pueblo del Sol, omnipresentes en el México antiguo. Aceptando la posibilidad de una sobrevalorización histórica respecto de la importancia que pudieron haber tenido en el mundo nahuatl los sabios representados por Nezahualcóyotl, es posible formularse esta pregunta: ¿hasta qué punto estas ideas de la “flor y el canto” llegaron a influir en la vida del pueblo? ¿Se trata quizás tan sólo de elucubraciones de pensadores profundos, especie de *élite*, refugiada en sus propias ideas?

Para responder, habrá que recordar algunos hechos ciertos que permitan ahondar más en este problema. Estudiando los discursos y exhortaciones que daban los mismos padres aztecas a sus hijos e hijas, las enseñanzas que se transmitían en los centros superiores de educación de la misma ciudad de México-Tenochtitlan, no puede uno menos de sorprenderse al encontrar que los principios e ideas inculcadas en los niños y jóvenes —no ya sólo nahuas en general, sino también específicamente en los aztecas— y el canto, que de las ideas místico-guerreras de Tlacaélel. Otro tanto puede decirse de las invocaciones y discursos pronunciados en ocasiones

como el nacimiento y la muerte, el matrimonio y la elección del rey o *tlatoani*.

En todos esos casos se nombra al único dios *Tloque-Nahuaque*, dueño del cerca y del junto, invisible como la noche e impalpable como el viento; *Moyocoyatzin*, autoritario, que se está siempre inventando a sí mismo. Se repite también, para que todo el pueblo lo oiga, que esta vida es como un sueño, que es difícil encontrar en ella raíz y verdad... Todo esto, imposible de ser pasado por alto, parece apuntar a la idea de que la antigua herencia cultural seguía transmitiéndose y no era patrimonio exclusivo de unos cuantos sabios aislados. El pueblo en general tenía al menos noticia del pensamiento y las dudas de los seguidores de la flor y el canto.

Mas hay que reconocer que el culto de los dioses innumerables y la concepción guerrera prevaleció en la vida práctica. Quienes habían recibido en los centros de educación las ideas acerca de *Tloque Nahuaque*, marchaban también a la guerra para hacer cautivos que habían de ofrecerse al Sol-Huitzilopochtli, divinidad que había hecho de los aztecas su pueblo elegido. Investidos con las insignias de águilas y tigres, "operarios de la muerte", como los designa un poema, los aztecas luchaban por la suprema misión de someter a todos los hombres al yugo del Sol. Huitzilopochtli. Pero simultáneamente en el interior de esos guerreros resonaban las ideas aprendidas en los *Calmécac* acerca del dios invisible, Señor de la cercanía y la proximidad, que según decían los toltecas, no pedía sacrificios humanos.

Así, paradójicamente, los dos rostros de una misma cultura parecen haber existido en no pocos de sus miembros, en una especie de drama personal e íntimo. El orbe náhuatl se muestra por esto como un mundo en tensión. La realidad vivida por los antiguos mexicanos aparece entonces mucho más honda y compleja. Sería falso tratar de disminuir la grandeza guerrera de los aztecas. Pero también implicaría amnesia histórica olvidar sus preocupaciones y angustia por decir palabras verdaderas en la tierra. Y si no parece posible afirmar que esta ambivalencia cultural existía en todos los integrantes del mundo náhuatl, puede sospecharse su presencia, no ya sólo en los sabios como Netzahualcōyotl y Tecayehuatzin, sino también en quienes, aztecas, texcocanos, o de cualquier otro señorío náhuatl, habían asistido a sus centros de educación superior, a los *Calmécac*, erigidos bajo la protección de Quetzalcōatl, símbolo de la sabiduría de Anáhuac.

Pudiera añadirse, para hacer más comprensible la doble actitud que existía entre no pocos nahuas del siglo XV y principios del XVI, que diversas formas, ambivalencia de ideales y tendencias las ha habido también en otros tiempos y culturas. Piénsese, por ejemplo, en la misma actitud de los conquistadores que, por una parte sojuzgaron violentamente a los pueblos indígenas, arreba-

tándoles sus riquezas y su libertad, y por otra, en cuanto creyentes, pretendían asimismo difundir las ideas religiosas del cristianismo, en el que encontraban su más honda raíz.

Si de alguna manera, más o menos simplista, pudiera caracterizarse la actitud azteca del Pueblo del Sol como un anhelo de lograr la más completa posesión del poder, cabría también describir la tendencia de los seguidores de la flor y el canto como un hondo impulso que busca en el simbolismo de la religión y el arte una forma de autoafirmación existencial. Y como ya lo han hecho ver grandes maestros de la psicología contemporánea, la voluntad de poder y la realización del propio yo constituyen quizás dos de las manifestaciones más hondas del dinamismo vital de todo ser humano.

Por esto, esa tensión interior que, como hemos visto, existía en el mundo náhuatl prehispánico, evidencia en realidad su profundo dinamismo, muy alejado de cualquier decadencia. Si la vida, como dijo un poeta náhuatl, es como el antiguo juego del *patolli*, en el que los participantes, al arrojar sus dados hechos de colorines, invocaban a sus dioses con la esperanza de triunfar, hay que reconocer que la presencia de rostros de hombres y dioses, con rasgos marcadamente distintos daba mayor interés al certamen. Porque en el juego participan por igual los guerreros águilas y tigres y los sabios que dudan:

¡Oh vosotros amigos!
Vosotros, águilas y tigres,
¡En verdad es aquí
como un juego de *patolli*!
¿Cómo podremos
lograr algo en él?
¡Oh amigos...!
Todos hemos de jugar *patolli*:
tenemos que ir al lugar del misterio.
En verdad frente a su rostro
sólo soy vano,
indigente ante el Dador de la vida...⁶⁰

Aceptando participar en el juego que es la vida, los ideales del Pueblo del Sol, implantados casi universalmente por obra de las flechas y los escudos, habían forjado “corazones firmes como la piedra”. El mensaje espiritualista de la flor y el canto formaba, a su vez, “rostros sabios”. Quienes se consagraban a la guerra para preservar con la sangre de los cautivos la vida del Sol, encontraban su raíz en el propósito de convertirse un día en los

⁶⁰ Ms. *Romances de los Señores de Nueva España*. Biblioteca de la Universidad de Texas, fol. 13 v.

compañeros inseparables del Sol-Huitzilopochtli. Quienes en medio de sus dudas buscaban la forma de decir palabras verdaderas en la tierra, llegaron a crear el mundo mágico de sus símbolos, flores y cantos, quizás lo único verdadero en la tierra. Ambos rostros de una misma cultura en tensión, permiten descubrir un mensaje, pleno de significado para el hombre moderno: el México Antiguo aprendió a compaginar los ideales de un pueblo fuertemente socializado con las aspiraciones y actitudes del individuo, “dueño de un rostro y de un corazón”. El misticismo guerrero del Pueblo del Sol, con toda su fuerza, no suprimió la posibilidad de marchar en la vida por sendas estrictamente personales. Entre otras cosas, dan testimonio de esto las varias actitudes de sus sabios y artistas —ligados con las instituciones culturales del pueblo—, pero al mismo tiempo creadores libres de sus propias flores y cantos.

Quien haya leído los consejos de los padres a sus hijos y recuerde los ideales de la educación prehispánica, conoce ya el valor dado por los antiguos mexicanos a la persona humana. Quien piense en la estructura del Pueblo del Sol, reconocerá al mismo tiempo su profundo sentido social. En la tensión de los polos extremos, individuo y sociedad, la cultura de Anáhuac halló un justo equilibrio. Por eso hubo en ella rostros distintos, fisonomías definidas. Conscientes de ello, sus poetas afirmaron el valor supremo de la persona y de la amistad que acerca a los rostros distintos y los une en lo que ellos llamaron *cohuáyotl*, comunidad:

He llegado, oh amigos nuestros,
con collares os ciño,
con plumas de guacamaya os adorno...
Con oro yo pinto,
rodeo a la hermandad...
Con círculo de cantos
a la comunidad yo me entrego...⁷⁰

⁷⁰ *Ibid.*, fol. 2 r.